

UN *ligerero* PARECIDO

PUEDE LLEVAR

A



confusión

A. R. CID

UN *ligero* PARECIDO

PUEDE LLEVAR

A

confusión

A. R. CID

Título: Un ligero parecido puede llevar a confusión

© 2020 por A. R. Cid

Diseño de cubierta: A. R. Cid

Editor: José Antonio Lamas Iglesias

Todos los derechos reservados.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo, valóralo... NO a la piratería.

Agradecimientos

Este libro va dedicado a todas mis lectoras, entre ellas...

Isabel Gómez, Mariu Barberá, Lupita Hernández, Anna Fernández, Rosario Esther Torcuato Benavente, Jenny Hugo, Mercedes Toledo López, Carmen Lorente Muñoz, M Cristina B Perez, Sonia Martínez Gimeno y Manolita Gasalla Riera.

Índice

Agradecimientos

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Muchas gracias

Prólogo

Un año más tarde

Si alguien me dijera dónde me encontraría hoy pensaría que mentía. Ahora no reconozco a la mujer que me devuelve la mirada desde el reflejo del espejo y lo más sorprendente es que me encanta. Al fin encontré la mejor versión de mí misma. Sencillamente, soy feliz.

Creí que necesitaría muchas cosas, no es cierto.

Aún no habían dado las siete y ya estaba en pie. ¿Madrugar yo? ¡Jamás si se podía evitar! Pero...

Él tiene que trabajar y no puedo dejarlo marchar, así como así, me dije instantes antes, mientras saltaba de la cama sin hacer mucho ruido y con una sonrisa de oreja a oreja.

¿Cuáles son mis planes? Ni idea, ya se me irán ocurriendo por el camino y es que, quien me diga que el sexo no es adictivo miente. Desde que coloqué mis manos sobre su cuerpo escultural y, puede que, con un ciento de chupetones involuntarios, lo marqué como mío, siempre necesito más. (Me he borrado del gimnasio, ahí lo dejo).

Él, como todas las mañanas entró en el baño sin echar el cerrojo. El agua caerá con fuerza en segundos y esa será la señal, no quiero ser descubierta.

Su cuerpo desnudo... no es que sea perfecto, tiene alguna que otra cicatriz y lunar, sin embargo, pasar las uñas por unos abdominales que, sin ser excesivos, continúan con firmeza hasta llegar a su entrepierna es una de mis actividades favoritas.

Entro con sigilo. Cual pantera me coloco al lado del espejo y disfruto de mi reflejo mientras dejo al descubierto el cuerpo que me ha tocado. Me gusta, me siento sexy y poderosa porque sé que cuando él me descubra me observará con aquel brillo oscuro capaz de hacerme jadear antes de rozarme siquiera. Tiene esa capacidad y, para qué negarlo, la ha tenido desde el mismo instante en el que... ¡Mierda! ¡Casi me descubro! Por ahora no voy a deciros quién soy o quién ha conseguido atrapar al hombre que saciará sus instintos animales durante décadas.

Me coloco de lado y suelto mi melena. Me encanta que casi roce mis caderas y los bucles tan hermosos que forman al descender en cascada.

Abro la puerta de la ducha y me percato de que ya ha percibido mi presencia. Su silencio es la antesala de una ataque sucio, caliente y muy húmedo. Entre aquella cascada que desciende por su cabeza se ocultan pensamientos pecaminosos dirigidos solo a mí, por primera vez creo esas palabras que todo macho que intente ligar suelta “No podría mirar a otra mujer, ninguna es como tú”. Pero él no me lo ha dicho, me lo ha demostrado a cada segundo.

Nada más adelantar el pie derecho sus brazos me envuelven y atrapan. Es un buen cazador y yo deseo ronronear ante la idea de ser torturada por sus labios, sin embargo, y por motivos que no voy a desvelar en esta ocasión quiero ser yo la que lo torture, la que lo acerque al precipicio, una y otra vez, sin permitirle culminar. Y es que la tortura y el placer pueden llevarse muy bien, convertirse en amigos que vuelve locos a cualquiera.

—¿Qué haces? —me pregunta cuando, sin previo aviso, me escurro entre sus dedos y acabo arrodillada ante alguien que me saluda con alegría. ¿Está nervioso? Es posible, siempre le ha costado dejar en mis manos el control, aunque tampoco consigue decirme que no.

—¿Tú qué crees? —devolví yo. En mi cara mis intenciones al descubierto.

—No tienes por qué hacerlo —jadea él, cogiendo aire con fuerza cuando soplo sobre su amiguito. Parece que la ansiedad, el miedo, la emoción y la impaciencia juegan en el interior de su mente sin dejar que se decida. Lo quiere, ambos lo sabemos.

—¿Y si quisiera? Tu sabor tiene algo capaz de encenderme y... —Me mordí en labio inferior con intención. Mi sonrisa se ensanchó—. Tengo un antojo... —Puse morritos—. Solo recordar la primera vez que... Mmm...

—Deja que sea yo quien te complazca. No me gusta que te esfuerces —trató de argumentar él. No se lo permití.

Atrapé a su amiguito entre mis labios y me moví con suavidad. Juro que no hice nada más, sin embargo, tuvo que agarrarse a las paredes para no caer. Perdió las fuerzas.

—¿Estás bien? —Traté de sonar preocupada. Se me escapó una risilla y jodí todas mis intenciones.

—Mala.

—Lo sé. ¿No te encanta? —Y yo temblé al sentir sus dedos agarrando mis cabellos en un puño. No hizo nada, el jamás me movería contra mis deseos, no pidió nada. Solo me aferró con fuerza, sin dañarme, pero mostrándome que era suya. (Aunque lo intente no puedo explicarlo mejor).

—Me las pagarás.

—Cuando quieras, capullín.

Y volví a su prepucio. La piel tan suave, tan duro, tan perfecto. Su sabor, su postura tensa mientras contenía los jadeos. ¿Quién podía jurar que era yo la que se sometía a su placer cuando todo el control me pertenecía? Sus pensamientos y deseos tenían un nombre, el mío.

Me moví con rapidez y constancia, al principio. ¿Suena un poco guarrete decir que también probé a sus gemelos? El pobre olvidó cómo se respiraba, creo que se atragantó.

El problema es que lo que creí que serían horas se transformaron en minutos. Lo vi venir, lo esperaba, no obstante...

Diré que tengo una excusa para lo que ocurrió a continuación.

Y volviendo a lo que seguro que os tiene intrigadas. ¿Qué ocurre cuando un hombre toca el cielo? Que lo demuestra en forma de pequeños escupitajos, llenos de nadadores, que salen a presión en busca de un final que no iban a encontrar en las paredes del baño.

Ahora me diréis, ¿y qué tiene eso de malo?

Malo, malo... nada. Yo contaba con tres impulsos, me llamaréis obsesiva, pero después de meses de sexo creí que con él siempre eran tres, con tan mala suerte que hubo uno más y en mi anhelo de ponerme en pie me dio en un ojo.

No soy vengativa, ¿vale? Tampoco es que fuera algo malo lo que, mi cuerpo sin tener en cuenta a mi cerebro, respondió.

En algún breve instante mi cuerpo lo vio como una ofensa y, momentáneamente ciega, mi respuesta más lógica fue devolverle el favor.

¿Conclusión?

Puede que, en el cuarto impulso de mi prometido, tras un impacto no esperado en lo que consideraba mi ojo derecho y sin ningún tipo de maldad en mente, yo le escupiera la polla. Bueno, puede que lo hiciera dos veces.

Para mi abogado comentaré que estoy embarazada de dos meses y las hormonas me tienen loca.

Para mi hermana... ¡Casi me descubro de nuevo!

¡Ay el amor, que puñetero es!

Capítulo 1



Y solo cuando la noche cae, cuando la luna decide tímidamente enseñar la nariz, puedo ser realmente yo. Aquella luz plateada llena mi cuerpo de energía, de magia, y me permite volar sin preocuparme de las consecuencias.

Poco importa lo que opinen los demás, solo estamos mis deseos y yo.

El espejo confirma la sensación que se ha atrincherado en mi pecho, estoy hermosa. ¿La felicidad difumina los defectos? Es posible, al menos mis ojos castaños brillan con fuerza mientras termino de pintarme los labios. Soy yo, pero no la yo que por el día estudia y trata de sacar adelante su carrera de física. Soy aquella que quiere bailar hasta que los músculos le duelan, aquella que quiere sentir las miradas sobre su cuerpo, el deseo de aquellos que la rodean y saben que jamás podrán alcanzarla. Quizás, tal vez esta noche encuentra a alguien que cumpla MIS requisitos, tal vez... ¿Y si es así? Me pregunté mordiéndome el índice y con una sonrisa depredadora en mi rostro.

Melanie me espera fuera. Sarah no deja de bufar desde el sofá, no ha habido forma de convencerla. No puedo creer que nos parezcamos tan poquito...

—¿Y bien? ¿Qué os parece el resultado? —pregunté saliendo triunfal de mi dormitorio. Las luces del salón no eran las mejores para resaltar mis atributos, pero la sonrisa de Melanie me dio la respuesta—. ¿Y ésta? ¿Sigue de morros? —añadí, sentándome al lado de Sarah sin llegar a mirarla.

—¡A mí no me metáis! —respondió Melanie levantando las manos en señal de paz, aunque la risita no consiguió ocultarla.

—Deberías soltarte la melena. —Me giré hacia Sarah y atrapé uno de sus mechones al vuelo—. ¡Oh! ¡Venga ya! No te pongas de morros. ¿De verdad esperas que el protagonista de alguno de estos tostones románticos salga de la pantalla y decida llevarte al fin del mundo? ¡Despierta! Si quieres un tío sal y búscalo.

—Para follar no necesito a nadie —soltó con rotundidad. Si nuestra madre pudiera escucharla... la niña buena tenía la lengua afilada—. Lo que necesito no se encuentra en los antros que tanto te gustan. —Me encogí de hombros y decidí que era una noche muy hermosa para desperdiciarla en la eterna discusión.

Tacones bajos para poder soportar el pasar de las horas y mucha energía. Lo demostré levantándome de un salto y haciendo una ligera inclinación en dirección a Melanie.

—Estás loca —dijo Melanie aceptando la oferta.

—¿Qué tiene de divertido ser una persona recatada y cuerda? —Acerqué mi rostro al suyo y,

con un tono mucho más bajo y sensual añadí—. Déjame llevarte al infierno y hacerte sudar...

—Algún día pensarán algo raro —contestó Melanie, sin llegar a alejarse. Las dos estallamos en carcajadas mientras, agarradas del brazo, nuestros tacones repiquetearon en el parqué rumbo a la salida.

—¡Aquí no traigas a tu ligue que luego me toca a mí echarlos! —gritó Sarah, digamos que no la escuché por culpa del portazo—. ¡Cómo lo hagas lo largo en pelotas! —Vale, ahí no pude evitar responder.

—¡Sarita, no me digas eso o te traigo a dos! —aunque bien pensado eso podía dar demasiado trabajo...

Dicen que salir de fiesta es ir a beber y hacer locuras, yo, en cambio, disfrutaba sintiendo la música en las articulaciones, en los músculos. Cuando entrabamos en cualquier antro Melanie se dirigía a la barra y yo a la tarima. Quería ser el centro sin ver a nadie, cerrar los ojos y dejar que aquellas notas me llevaran a mecer las caderas, convirtiendo mi cuerpo en caliente gelatina capaz de llevarme al límite.

El placer no solo es un beso, una caricia, un polvo. Placer puede ser aquella tensión saliendo de mi cuerpo cuando me dejaba llevar por una canción que colapsaba mis neuronas y acallaba la voz que gritaba en el interior de mi mente. Las responsabilidades se difuminaban en la oscuridad, resaltada por luces estroboscópicas que nos daba sensación de intimidad, aunque podía haber decenas de ojos sobre nuestras pieles.

Yo era una amazona, no la que caminaba por el día y sonreía controlando, en cierta manera, mis respuestas. Yo era la que podía pasar las uñas por el pecho de un hombre, que claramente me deseaba, con la mirada incendiada sin ninguna intención de ir más allá. Era la que pasaba los ojos sobre aquellos que podrían, o no, interesarme olvidándome a los dos segundos de todos ellos si la música me gustaba.

Aquella noche no fue diferente. Melanie volvió a mí y danzamos juntas como hacían antaño ante las hogueras, dejando que los antiguos espíritus hablasen a través de nuestros gestos. En aquel entonces las parejas se unían sin saber qué era aquella electricidad que los atraía, simplemente caminaban hacia la otra persona y danzaban, sabiendo que con la salida del sol la realidad golpearía la burbuja y los separaría, pero nadie podría arrancarles las emociones tan intensas que compartirían.

Melanie me rozaba, yo acaricié su pelo mientras la rodeé hasta colocarme a su espalda. La enmarqué, le permití brillar por unos segundos, convirtiéndola en el centro de mi mundo y pensamientos. Mi aliento en su cuello, su pelo dorado haciéndome cosquillas en la cara mientras me movía sugerentemente contra ella.

Melanie se volvió, acabamos frente a frente. Ella sonreía, yo estaba pletórica. Por algo era mi mejor amiga, quizás se debía a que juntas nos contagiábamos nuestra locura hasta el punto en el que no precisábamos a nadie más para que las horas volasen.

Pocas veces permitía que alguien nos interrumpiera, pero ya estábamos próximas a la hora de cierre y Melanie estaba cansada. Ella quería irse, yo todavía tenía fuerzas para gastar y aquel hombre era sexy.

—Buenas noches, preciosas. ¿Os importa que os invite a algo? —preguntó con una sonrisa descarada mientras centraba sus ojos en mí. El codazo de Melanie me hizo suspirar, quizás porque a veces no comprendía ser la escogida cuando solo los ojos azules de Melanie podían hacer que te perdieras en ellos.

—Yo tengo que marcharme ya, pero mi amiga... —Dejó las palabras en el aire, podía aceptar

la oferta o no, aunque me había colocado contra las cuerdas. Ella me guiñó un ojo, ¿pensáis que se ocultó para hacerlo?

La sonrisa de medio lado de aquel descarado me molestó, quizás creía que lo tenía todo hecho. Pobrecito, qué equivocado estaba. Si buscaba a alguien cabal, cuerda, que ajustase sus respuestas a lo que se esperaba de ella, claramente no era yo.

—¿Qué amiga? —inquirí, mirando a ambos lados con intención. Coloqué con suavidad la mano en mi cadera derecha y la reté con la mirada—. ¿Yo? —Me señalé a mí misma en un gesto desproporcionado que la hizo sonreír.

—Míralo. Es perfecto para un revolcón y creo que yo tengo a alguien también en mente, no jodas. Pobrecillo —comentó ella, sin prestar atención alguna al sujeto que estábamos midiendo en carne, no obstante, nunca me ha gustado comprar la vaca por un poquito de carne. Quería saber que él podría darme lo que buscaba, para algo rápido ya tenía mis juguetitos particulares a buen recaudo en mi mesilla de noche.

—No, creo que no me gusta la forma en la que lleva el pelo. —Entonces fijé mis pupilas en el “inquieto” desconocido, que creo que comenzaba a pensar que estábamos algo piradas—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

—Yo ya he ofrecido una copa —respondió él, levantando las manos en señal de paz.

Me reí. Lo hice con ganas, con esa fuerza que nace en el estómago y se extiende por todo el cuerpo. Posiblemente había influido el alcohol que danzaba por mis venas o que un polvo era algo que no descartaba.

—No me gusta beber hasta perder el sentido, si hago algo quiero ser consciente de ello. ¿Tienes miedo de que al ver a tu cosita no cumpla mis expectativas? —Y di un paso hacia él—. Sin nombre y ya estamos hablando de sexo... ¿No te parece que me tratas de una forma...? ¿Cómo decirlo?

—Ni siquiera he dicho si me apetece, y menos contigo —Sus ojos se deslizaron a Melanie.

—¡No, no, no! ¡No hagas eso! —aulló Melanie con cara de susto.

Si hay algo cierto es que no me gusta, en absoluto, que me reten, ni siquiera en broma. Si él creía, sin embargo, que caería lo llevaba claro.

—Una elección inmejorable —suspiré tras colocarme muy cerquita de su oreja. Dejé que mi aliento lo calentase, un vaho húmedo que acercó mis palabras con una sensualidad muy difícil de describir.

Para mí la seducción era un arte, algo que debía ser disfrutado. Me había convertido en una cazadora, alguien que posiblemente encontraba más placer en la caza que en la recompensa pues, cuando terminaba teniendo entre mis piernas a aquel que deseaba, pasaba a ser uno más.

Pasé las manos por su camiseta blanca, la rocé con la puntita de los dedos como una gatita traviesa.

—Mientes —aseguré—. Si quieres tirarte un farol deberías trabajarte esa cara de póker. — Siempre que alguien creía que ya me tenía...

Sus manos buscaron mi cintura, lo sentí acercarse y lo esquivé con un movimiento fluido y, ¿por qué no decirlo? Perfecto.

Volví junto a mi mejor amiga, compañera de guerra, la misma que me soportaba los días de bajón. Ella me conocía mejor que yo misma, sabía que en el fondo siempre había estado buscando algo, pero no sabía el qué. No caminaba, corría, siempre con la esperanza de que el tío que me entrara tuviera algo especial, algo que me hiciera suspirar y atrapar no solo mi cuerpo.

Lo daba todo en cada conquista, los convertía en el centro de mi mundo durante unas horas, para que un gesto, una sencilla conversación o un beso fuera motivo suficiente para darles la

patada.

—Quizás no deberías —comentó Melanie en un tono íntimo, solo para mí, antes de que yo volviera a colocar la sonrisa en mis labios.

—¿Por qué no? —Me mordí el labio inferior.

—No tienes por qué lanzarte. —Enmarqué el rostro de Melanie entre mis manos. La observé con fijeza, sabiendo que en el fondo tenía razón.

—Disfruto. No pasará nada —aseguré—. Puedes irte tranquila.

Ella asintió sin alejarse. Yo regresé junto a mi presa. Podía sentir su excitación y nerviosismo. Puede que él creyera que le había tocado la lotería, lo cierto es que iba a usarlo como un consolador, puede que si era de los buenos lo hiciera un par de ocasiones más.

—Tendrás que tentarme mucho mejor —reconocí—. Dudo que alguien con tan poquita sangre pueda hacerme gritar su nombre. Quizás podría mentar a mi ex, él sí que sabía hacerme tocar las nubes.

Sus dedos aferraron uno de mis mechones rebeldes, el mismo que, contra todo pronóstico, había conseguido fugarse del interior de mi moño y llevaba toda la noche molestándome.

—Martín, aunque dudo que puedas hablar —sentenció.

—Me pareces un patán pretencioso. —Me giré dispuesta a largarme. Melanie me tendió la mano.

—O quizás no, no podrás saberlo hasta que me pruebes. —Me tentó él.

¿Cuántas veces se habrán usado aquellas mismas palabras? ¿Lo habéis pensado? ¿Por qué funcionaron entonces?

Me volví y hundí mis dedos en su pelo. Lo besé de manera furiosa, no quería ternura, cuando tenía sexo o simplemente morreaba a alguien dejaba fuera al corazón. Quería sentir los dedos fuertes de alguien aferrándose, atándose a seguir a su lado por unas horas, no caricias ni arrumacos. No había nada más que un acto físico entre dos personas que habían consentido. Muchos pensarían que demasiado rápido, pero ¿por qué habría de postergarse?

Su lengua me abordó, era lanzado, debía reconocérselo. Yo acepté la batalla enlazando la mía por un largo minuto. Aceptable, decidí entonces.

Quizás esta es una discusión para otro momento, más haré un breve inciso. ¡No hace falta parecer un caracol baboso! No por más saliva el beso es mejor. Es que hablando de contactos bucales románticos entre dos personas me he encontrado de todo. Había algunos que parecen auténticas vacas bebiendo. ¿Él? Como ya he dicho aceptable, al menos no me hizo pensar en salir corriendo. (No sería la primera vez).

Melanie se despidió con rapidez, yo no me quedé tranquila hasta que (ambos) la acompañamos a su coche. Él me llevaría a casa.

Martín me abrió la puerta, me tendió la mano y besó mis labios de manera fugaz un par de veces. Ciertamente es que en ningún momento perdimos el contacto, de una u otra manera sus manos siempre me buscaban, sus ojos... Demasiado pesado, pero estaba bueno.

—Ahora pasarás la prueba de fuego —comenté, tras introducir la llave en la cerradura de mi piso.

—¿Y es?

—No despiertes al dragón o la fiesta terminará mucho antes de comenzar.

Y yo misma me quité los zapatos y recogí el bolso contra mi pecho. No habría de respirar tranquila hasta que la puerta de mi propio dormitorio se hallase cerrada con llave.

Capítulo 2



¡Fuegos! ¡Cohetes! ¡Lava que se desliza por mi cuerpo!
Pufffff.

Desde mi perspectiva siempre nos hacemos grandes expectativas. ¡Qué bien pueden usar las palabras y cuando llega el momento con un aparato que ha estado siempre con ellos fallan el examen!

Martín era hábil, se notaba que no era la primera vez que desabrochaba un sujetador ni que se deshacía de una falda. La ropa se desvanecía entre sus dedos sin que dejase de besarme, acariciarme, y el calor llegó a mí.

Fue el lento despertar de mis instintos, su pasión me contagiaba, su deseo, la intensidad que sentía bullir debajo de sus músculos tensos. Respondí cada ataque con la misma intensidad, me convertí en su reflejo hasta que fui tomando la iniciativa. Dejé que me mostrase aquello que podía ofrecerme, le permití convencer a mi entrepiera de que era él el elegido.

La humedad llegó y él sonrió complacido. Ese era su gran reconocimiento, la medallita que podría colgarse al cuello.

Su boca descendió y atrapó uno de mis pezones. Sentí su lengua, sus dientes y llegó a arrancar de mis labios un jadeo sorprendido. Ahí dejé que mi mente se fuera, el instinto la reemplazó.

Me aferré a sus hombros y él se colocó.

—¡Condón! —aullé entonces, viéndole todas las intenciones.

—Ya está.

—Ni de coña. No te he visto —solté desconfiada.

—Soy muy bueno.

—Me creería antes que lo traías puesto desde la discoteca. ¿Eres uno de esos tíos raros que...?
—dije de forma nerviosa. De pronto no podía detenerme.

—¿Quieres comprobarlo? —Aferró mi mano derecha y la hizo descender hasta que envolví su pistolita, por el momento no estaba comprobado que fuera más que de fogueo.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—¿Qué te parece si dejamos las preguntas para más tarde? —sugirió él. Asentí y él me embistió, entrando de golpe.

Trataré de ser justa. Era bueno, muy, muy bueno. Intenso, extenuante.

Me golpeaba con intensidad, aferrándose, ahogándose en mi propia respiración. Cogía el aire sintiéndolo húmedo, oliendo nuestras propias feromonas danzar a nuestra vera. Nos envolvía la esencia más primitiva de la vida humana, llevándonos a querer mucho más.

Mordí su cuello, él gruñó y eso provocó que yo envolviera sus caderas. Ahora no podría escapar, no cuando el cielo se abría y podía sentir la electricidad que cada una de aquellas estocadas enviaba por mi sistema nervioso.

Estaba con él, lo más pegada a él que podía, pensando solo en mí. Me movía buscando aquello que yo precisaba, aquel punto especial que al rozarse mientras me llenaba me convertía en una botella de champán a puntito de ser descorchada.

—Estoy cerca... —jadeó Martín.

—Muchas gracias por el aviso —conseguí soltar con una sonrisa.

Él hizo golpear nuestras entrepiernas con fuerza a modo de represalia.

—¿Y tú? —preguntó él entonces.

—Depende. ¿Si me porto mal volverás a castigarme?

Pero ya no era el momento de risas. Lo sentí, mis dedos de los pies se estiraban, mi columna se extendía, lo necesitaba y si lo retenía más el orgasmo se desvanecería.

Me dejé ir oprimiéndolo, apretándolo con fuerza.

Por segunda vez aquella noche la misma sonrisa arrogante, solo que le duró poco porque él mismo sentía el placer deslizarse y se perdió.

—¿Empate? —consulté antes de volver a reírme con fuerza, aunque no sabía si de mí, de él o de ambos.

Capítulo 3



Llegamos tarde y amaneció temprano. El cansancio me golpeó con fuerza y me negaba a rendirme ante Morfeo antes de haberme deshecho de “los restos” de una noche aceptable.

¿Por qué cuando el sol se deslizaba con sutileza por debajo de la persiana no podía evitar sentir cierto malestar al mirar a mis conquistas? Disfrutaba de cada paso, no obstante, siempre aquel sabor agrídulce que no podía esconder.

Me coloqué una camiseta larga e hice una cola de caballo. Con la cara lavada, ya no había nadie a quien impresionar. Me planté, con los brazos en jarras, ante la cama. Mi “invitado” había cerrado los ojos con rapidez, cayendo de golpe en un sueño profundo que lo hacía roncar suavemente, aunque no de manera muy agradable.

Tras más de cinco minutos tratando de despertarlo con suavidad el minuterero seguía caminando y mi cansancio me volvió algo arisca.

Sonreí y me coloqué a la vera de su oreja. Pocas veces grité de aquella manera contenida, en el fondo de mis ojos un brillo divertido y travieso. Disfrutaba haciéndolos sufrir, era el pago justo a los momentos tan placenteros que les regalaba.

—¡Despierta! ¡Rápido! ¡Despierta! —aullé sin elevar el tono.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, todavía somnoliento.

—Me olvidé que había quedado con mi padre y está en el portal —solté, conteniendo todo gesto. Yo era buena jugando al póker. Menos mal que el tipo no tenía ni idea de que jamás llegué a conocer al cabrón que abandonó a mi madre al enterarse de que estaba embarazada.

—¿Tu padre? —No parecía preocuparle mucho, la mayoría ya estaba apartando las sábanas a esas alturas. No era mi truco más usado, aunque lo había entrenado varias veces.

—No lo comprendes. Es muy protector y si te encuentra tocando a su niña de esta manera es posible que se lo tome a mal —continué yo. Cerré los ojos y me aparté, caminando hasta el tocador y apoyándome en él—. No quiero meterte miedo, es solo que fue militar y su manera de pensar es distinta. —Los ojos verdes de Martín se entreabrieron y fijaron en mí. Posiblemente, al fin, tenía su atención—. No te preocupes, yo lo despistaré.

Y le lancé los pantalones a la cabeza. A continuación, el resto de su ropa, terminando con unos certeros zapatazos. Me movía por la zona como un león enjaulado, mostrando mi nerviosismo al caminar de pared a pared a paso rápido.

—Tranquila. No me verá —aseguró él, tras, sin vergüenza alguna, levantarse y aproximarse a mí. Su piel caliente, su cuerpo tonificado, sus brazos envolvieron mi cintura y tiraron de mí buscando un beso. Fue tierno, considerado incluso, yo giré suavemente el rostro recibiendo sus

labios en forma de una caricia en la mejilla. Sonreí aparentando una timidez que ocultaba mi negativa a “gestos cariñosos innecesarios” —¿Te dejo mi teléfono y quedamos más tarde? —Sus dedos acariciaron mi mentón y se deslizaron hasta colocar un mechón tras mi oreja.

—No es una buena idea.

—¿Acaso vas a decirme que no te lo has pasado en grande? Juntos somos fuego y me gustaría seguir practicando, nunca se sabe lo que podría surgir de una noche de pasión como esta —aseguró, dejando un mordisco en mi cuello que ciertamente envió un escalofrío por mi columna, no obstante, había toreado a maromos mucho más seguros de sí mismos que creían poder atarme a ellos.

—Déjame el tuyo y yo te llamo. Ahora vete, por favor... —Lo empujé con suavidad—. No quiero que pase lo mismo que la última vez.

—¿La última vez?

—No fue su culpa. Mi padre no controla su fuerza y no lo hizo a propósito. —Me escurrí y volví a pasarle los pantalones. Esta vez comenzó a cubrirse—. El tío parecía una montaña, pero perdió el pie cuando mi padre le dio un afectuoso golpe en la espalda, con tan mala suerte que se hizo una minúscula brecha en la cabeza. Pocas veces he visto a un hombre tan inmenso poner tantas excusas para escapar por piernas. —Sonreí con “dulzura”—. He de confesar que mi papi es algo sobreprotector.

—Claro. —Me habría gustado saber lo que pasaba por su cabeza.

Como en todo buen plan los detalles eran lo más importante.

En aquel momento un portazo rebotó por las paredes, al menos su sonido, aunque fue suficiente. Su piel dorada perdió aquella luz, se puso blanco de golpe.

—Mierda, mierda, mierda —susurré, casi para mi propio cuello—. No hables, no respires siquiera —pedí, caminando despacio hacia la puerta—. Lo entretendré. Lárgate lo antes posible.

—Seguro que no es para tanto.

—No lo entiendes... —repliqué, casi sonreí antes de tiempo.

—¡Cariño! ¡He traído churros! ¡¿Tardarás mucho?! —Seguro que en aquel momento Sarah se estaba cagando en mí y me lo haría pagar, pero jamás había intervenido. Os preguntaréis de dónde había sacado aquella grabación, diré que un amigo mío se parece demasiado a mí y accedió a cooperar, bueno a cambio de otra grabación parecida que pudiera utilizar él.

El vozarrón de mi amigo arrasó con la paz de aquel pequeño piso a unas horas en las que la mayoría todavía dormía, solo aquellos pocos desafortunados que debían trabajar se hallaban levantados bueno... ellos y yo, que esperaba resolverlo en breves.

—¿Lo ves? —Él no dijo más—. Si no estuviéramos en un tercero te haría saltar por la ventana. Me detuve y lo miré como si lo evaluara.

—¡Ni de coña!

—Pareces bastante ágil. Quizás si te agarras bien puedas descender sin problema —continué. En su mente tres posibilidades, cada cual peor, eso seguro.

—No, no y no. Vete a distraerlo y no me verá. Eso sí, espero que me llames. —Dio un paso hacia mí, el pobre no aprendía. Si quería un beso perfecto de despedida podía besar alguna de las fotos que había en el corcho o el poster del fondo. Abrí con rapidez y me escabullí hasta la cocina, desde donde podría observar como el pobre huía por patas.

No soy mala, aunque posiblemente y dado mi cansancio, es posible que moviera alguno de los muebles para colocarlos en su camino. Un par de obstáculos que habrían de demostrarme que tan ágil era. No buscaba una caída tonta, algún resbalón quizás.

No se hizo esperar, pensé mientras me llevaba la taza de café a los labios. Miraba a ambos

lados como si esperase ver salir a un león de cualquier lugar recóndito, un león que le arrancaría la cabeza. Iba poniéndose la camiseta y tuvo que hacer tres intentos para conseguir abrir la puerta.

Entonces saqué la cabeza por la puerta de la cocina. Me tapé los labios con el índice en una señal de silencio universal y sonreí. Le guiñé un ojo y lancé un beso.

—Cierra con cuidado. —Moví los labios, sin que se escuchase nada. No sabía si me entendió, apenas me miró unos segundos y se largó.

Cinco, cuatro, tres...

—Buenos días —soltó Sarah, aproximándose con el pelo convertido en el nido de un pájaro despistado—, ¿De nuevo? ¿No podías decirle simplemente adiós como las personas normales?

—Es demasiado complicado.

—¿En serio? —inquirió ella escéptica.

—Piden explicaciones y siempre se complica. No quiero escuchar sus argumentos, siempre creen que pueden convencerme.

—Te tienes sobrevalorada. —Me quitó la taza de los dedos y, poniendo el culo de barrera, se hizo también con el único donut de chocolate que quedaba.

—Eres cruel. Necesito reponer fuerzas. —Traté de robárselo—. Te has convertido en una maruja. ¿No puedes ser normal y dormir hasta la una?

—No, no podría reírme un rato. —Sarah metió un bocado enorme al donut y continuó—. Además, me estoy planteando participar en el teatro que montas, puedo ser tu versión zombie. Incluso podría grabarlo.

Desde fuera podría parecer que estábamos siempre a la gresca, aunque lo cierto es que no podría vivir sin ella. Pocas personas pueden realmente comprender el lazo que nos ha unido siempre, a pesar de que nuestros caracteres no podrían ser más diferentes.

—No me des opciones que con el cansancio incluso me parece hasta buena idea. Solo por verte soltar espumarajos por la boca merece la pena. —Y entre tonterías desayunamos y nos echamos unas buenas risas.

Capítulo 4



Eran las siete de la tarde, hoy me había tocado una de esas clases eternas en las que el profesor trata de dormirnos con su explicación soporífera. ¿Quién necesita contar ovejas cuando tiene a un tío de cincuenta y pocos que habla siempre en el mismo tono recitando una lista interminable? Llegó un punto que fue inevitable desconectar y así iba yo, caminaba en trance.

Disfrutaba del viento en las mejillas, del sol acariciándome la piel y de que al fin había llegado el viernes. Me detuve en un bar y pedí un helado para dejar volar las preocupaciones, más bien la única que me carcomía por dentro.

Has de olvidar, me dije a mí misma. Pero no podía, no lo conseguía. Estaba cansada de los tíos, de la facilidad con la que prometían y juraban, conscientes en todo momento de sus mentiras. Me sentía tonta, no había otra explicación.

En ocasiones me habría gustado ser como mi hermana, concluí todavía sintiendo el regustillo del odio y el orgullo herido en mi lengua, mezclado con aquel fantástico sabor a chocolate.

Caminaba despistada, perdida en mis cavilaciones internas y en el embotamiento que la clase había provocado en mi cerebro. Aunque mis ojos permanecían abiertos estaba convencida de que aquel profesor había conseguido adormecer mis neuronas.

En aquel estado no miraba a mi alrededor, suerte tenía de no acabar dando de frente con una farola, pero el sentido del tacto seguía intacto.

Yo caminaba alzada en mis preciosas cuñas verdes y alguien aferró mi brazo. Me giré con el helado entre los dedos, la lengua fuera a puntito de dar un lametazo y cara de tonta. Iba a gritar, no tuve tiempo.

Un tío, de esos en los que te fijas inevitablemente por su atractivo, pero enseguida llegas a la conclusión de que probablemente no te devolvería la palabra se encontraba a unos centímetros de mi rostro. Tuve el tiempo justo.

—Buenas tardes, preciosa. Creí que no volvería a verte —soltó el que más tarde sabría que se llamaba Martín, aunque desde aquel instante y durante los siguientes meses quedaría grabado en mi cerebro como “el salido que está para mojar pan”.

—¿Quién...? —Y su rostro quiso acercarse cuando ya no quedaba apenas espacio para respirar, mi cucurucho era lo único que se interponía entre ambos y tampoco podía usarlo como un arma. Con los segundos escasos para reaccionar tuve tiempo para que mi cerebro me regalase la imagen que resultaría de esgrimir tan impresionante arma.

Giré el rostro y sus labios en mi mejilla. Alcé la pierna, fue instintivo. Quería que me soltase, tampoco apunté y, hasta aquel momento, tampoco tuve nunca mucha puntería.

Bingo, sus manos se alejaron y él se tambaleó agarrándose el paquete con un precioso rostro de

dolor. En parte, y a pesar de la situación tan extraña de que un desconocido trató de asaltarme, sentí cierta pena por él. Pareciera que le había extirpado un brazo y se revolvía boqueando, ¿por un golpecito tan suave le costaba respirar?

—¡Estás loca! —gritó.

—¡Demente! ¡Pervertido! Tócame y prometo que te denuncio —repliqué yo.

Miré el helado de pronto, sorprendida de que todavía se encontrase en mi mano intacto. Le di un bocado sin saber muy bien qué otra cosa podía hacer.

Otra persona más cabal se habría ido corriendo, ¿yo? Me pudo la curiosidad y esperé pacientemente a que terminase de jadear y fuese capaz de hablar. Me hizo falta paciencia.

—¿Y bien? —pregunté impaciente.

—¿Y bien? Solo quería saludarte.

—No sabía que para decir hola hiciese falta meterme la lengua hasta la faringe. Además, ¿por qué habrías de hacer tal cosa?

—¿Educación? —Su tono molesto me encendió, aunque no de la manera que a todos nos gusta. Mi entrecejo fruncido era un aviso que cualquiera que me conociera un poco sabría que era señal de peligro, me llevaba a hacer cosas que normalmente no hubiera llevado a cabo—. Podrías haberme dicho simplemente que no, después de lo que...

—¿Decir que no? ¡¿Quién te ha dado permiso para que te tomes esas confianzas?! ¡Te falta un tornillo! —aseguré. Empecé a mover el helado ante sus ojos, arriba y abajo, arriba y abajo.

—Creo que si ya te he visto las tetas existe confianza y quizás podríamos iniciar...

—¿¿Que me has visto qué?! —aullé presa de la furia. Quise quitarle los ojos ante lo que estaba insinuando. ¿Ante qué clase de mujer creía que estaba? ¿Era posible que él hubiera encontrado las imágenes y...? No, no y no, me repetí.

—¿Ahora vas a hacerte la loca? No habías bebido tanto para que tengas amnesia.

—¿Ah no? —Me acerqué y él se incorporó. Nos miramos a los ojos unos segundos retándonos, fue entonces cuando comprendí que tener una polla era sinónimo de estupidez. Su sonrisa de medio lado me sorprendió, para percatarme que ante la posibilidad de que yo me encontrase más receptiva el “impresionante” dolor por el que había pasado ya no importaba demasiado. Juraría que si le preguntaba incluso habría dicho que no fue para tanto.

—Venga, sé que tú también sentiste...

—¿Sentir? —Me reí con fuerza—. Pobrecillo, creo que el único que ha sentido algo por tus gritos de niña pequeña eres tú. Quizás deberías ir a lamerte tus heridas, si es que tienes la flexibilidad suficiente.

—Quizás podrías ayudarme —sugirió.

Y ahí marqué mi límite de incoherencias, no estaba tan bueno. Ya me imaginaba la escena, aparece mujer degollada por haber pensado con la vagina y pasar por alto las señales luminosas. Si es que prácticamente llevaba la palabra pirado en la frente.

Muchos dirían que Noemí es la que hace las locuras, añadiré que yo simplemente pierdo ocasionalmente la cabeza.

Al final sí que usé el helado, no tardaría más de diez minutos en arrepentirme al sentir que había desperdiciado un manjar tan succulento.

Y con precisión quirúrgica se lo estampé en la nariz, al menos podría dar gracias que fue por la parte del helado sino el cucurucho le habría hecho una rinoplastia.

—En paz —concluí antes de girarme y caminar con paso rápido. Mis caderas se meneaban, mis caderas resonaban contra el suelo, sentí una seguridad nueva que no había estado horas antes.

Quizás no debí hacérselo a él o no solo a él. Me había defendido, había actuado sin pensar en

las consecuencias, como hacía mucho tiempo que no hacía. Tanta responsabilidad y tanta mierda, no había nada como patear los huevos de alguien y colocarle una nariz de galleta.

Alcé el mentón y me planteé vengarme de Roberto, su sombra escurridiza me perseguía incansablemente allá a donde fuera. La idea de volver a pillarlo con la zorra, que una vez llamé amiga, con la que me había engañado me parecía la guinda del pastel. A pesar de todo jamás la culpé a ella. Fue él quien me había traicionado y, no contento con eso, me había convertido en un fantasma de mí misma al publicar... ¡No quería ni recordarlo! ¡Me ponía enferma! Al menos me había percatado a tiempo, bastante estúpida me sentía ya por haber caído en sus redes. Debí haberles hecho caso a mis instintos, no volvería a cometer el mismo error.

¡Ya basta de pensar en el pichacorta! Roberto no valía nada y no merecía que gastase mi tiempo en él. ¿Cómo podía haberme engañado alguien que era tan malo en la cama? Mucho físico y después descubrí que el juguete no solo era pequeño, sino que tampoco sabía usarlo.

Dos recuerdos bailaban en mi mente. En uno estaba aquel hombre guapo al que había enfriado con rapidez y en otro la primera vez que me había acostado con Roberto. ¿Queréis que os lo cuente?

Resumiré.

Roberto también era guapo y tenía el don de la palabra. Me embaucó despacio, antes de acostarnos pasamos una hora entre caricias indecisas, no llegaba a estar segura del todo. ¿Después?

Me tuvo que poner las piernas para arriba, tanto que veía mis pies mecerse encima de mi cabeza. Una postura con la que cualquiera imaginaría que cualquier “juguete” se sentiría como si su tamaño fuera el doble.

Quizás no soy buena en matemáticas o se me dan mal las aproximaciones, no obstante, lo único que se me ocurre es una multiplicación sencilla (cualquier número por cero).

Me planteé decirle algo, lo miré y lo vi tan concentrado, tan lanzado en aquel movimiento frenético que debía perderse antes de entrar en el túnel, que lo fui posponiendo.

¿Lo único que conseguí? Un ligero dolor de cuello, ya que mi cabeza fue la que más se movió. Era tan egocéntrico y estaba tan seguro de sus artes amatorias que no se planteó algo muy sencillo, mi silencio. Silencio fue lo único que obtuvo durante y después.

Me conformé. Cuando me abrazó y besó mi mejilla, pocos segundos antes de ponerse a roncar, me conformé. Era guapo, divertido e inteligente. ¿Acaso el sexo debía ser tan importante? Existían otras maneras de divertirse y quizás con el tiempo podría plantearle la posibilidad de “jugar”.

—Por tu cara te vas a volver adicta a mí. —Fue su única ocurrencia. Debí sospechar entonces que me hallaba ante un imbécil con mayúsculas, pero me había tragado demasiadas películas románticas y buscaba desesperadamente mi propio final feliz. En eso Noemí no se equivocaba mucho, tampoco podía cambiar a estas alturas.

¿Adicta? Me costó contener la risa. ¿Qué clases de mentira le habían colado las que habían estado con él antes que yo? Casi, casi, me daba pena la que ahora ocupaba mi lugar. Ciertamente no extrañaba nada de aquella relación breve de la que, con lo tonta que fui con él, podría haberme vuelto dependiente. La susodicha iba a tener que comprarse el mejor de los vibradores y... esperaba por su bien que tuviera mucho cuidado. A cabrón no le gana nadie.

Capítulo 5

Martin



El dolor de huevos es algo difícil de superar. Cuando crees que ya lo has dejado atrás un movimiento suave puede llevarte a tensar la mandíbula y apretar, respirar y apretar. Ciertamente había dejado mella en mí, aunque lejos de hacerme desistir la curiosidad me pegó con más fuerza.

Que jugaba conmigo lo tenía claro, quizás tenía cierto puntito sado, pero se me endurecía solo con pensar en el encuentro de dos días antes en los que me había dejado como pinocho chocolateado. Sus ojos avellana brillaron con fuerza, sus labios rojos me llamaban y al final me quedé con las ganas, necesitaba volver a verla.

Entonces la vi, no la esperaba al otro lado de la ciudad y mucho menos ante mi antro favorito de música. La noche era cerrada, las farolas iluminaban las calles por las que aquellos que habían decidido salir de juerga transitaban. Generalmente acompañado por Jesús y Carlo, me sentía extrañamente tranquilo cuando reconocí su culito a pesar de estar solo. Diréis que es imposible, pero no podía olvidarla.

Estaba apoyada en la puerta, con una minifalda cortísima que enmarcaba sus interminables piernas terminadas en unos zapatos de tacón rojos que invitaban a hacer muchas travesuras. Ella estaba hablando muy animada con un tío, cuyas intenciones estaban claras y no me gustaban en absoluto.

—¿Seguro? No tenemos que irnos tan lejos, siempre me ha gustado experimentar... —sugirió el machito mientras pasaba sus dedos por el brazo de Noemí. Ella sonrió con naturalidad, aunque sin llegar a responder, no todavía.

—Todavía queda mucha noche por delante. Quizás, si te portas bien, consigas un besito —replicó Noemí guiñándole un ojo.

Os parecerá patético escuchar a escondidas, a mí me parece la mejor forma de recoger información.

—Como prefieras, sino siempre podemos encontrarnos después. —Ante las palabras de aquel machito casi me reí. No tenía muchas luces, prácticamente le estaba diciendo que no merecía el esfuerzo.

—¿Después? Posiblemente después ya haya encontrado a siete mejores que tú y mucho más dispuestos —amenazó ella, llevándose la pajita de la bebida hasta los labios y tomando, si es que había bebido algo, un diminuto sorbo.

—Cierto. —El cabrón sujetó el mentón de Noemí y lo levantó con suavidad. Tenía unas ganas de intervenir... —Pero los que merecemos la pena no nos regalamos.

Entonces ella se rio con fuerza, casi le escupe en la cara.

—¿Perdona? —Y siguió riéndose.

Aproveché entonces para pasar mi brazo por su cintura. No es que sea desconfiado, aunque reconoceré que mantuve mi cara alejada de su posible codazo. No me rindo, pero tampoco me apetece que me abran la ceja o la boca.

—Creo que pretende que seas tú quien lo seduzca, parece que no tuviera ojos en la cara. — Ella se tensó, pero no llegó a mandarme a la mierda o lanzarme lejos—. Creo está ciego — susurré, aunque más cerca de su oreja.

—¿Y éste quién es? —preguntó el machito.

—Un amigo —dijo ella.

—Su juguete sexual —expliqué yo, casi al mismo tiempo.

—De usar y tirar. —Noemí lo soltó a quemarropa, pero pasando su mano por mi cadera—. No me gusta repetir, los hombres no merecen tanto la pena. —Entonces sus ojos avellana acudieron a mi encuentro.

—Si estáis juntos yo me largo. —El maromo se dio la vuelta.

—No.

—Sí.

¿Podéis adivinar quién dijo qué? Aunque nos quedamos solos.

—¿Y bien? Vengo en señal de paz, sin ningún tipo de rencores. —Pegué mi cuerpo al suyo acorralándola contra la pared.

—¿Rencores? Creo que nadie me había dicho eso antes. —Se mordió el labio. Sabía perfectamente cómo colocar pensamientos muy oscuros en mi mente. Recordaba lo que era besarla, sentir sus labios carnosos contra los míos o descendiendo por mi piel. Su cuerpo suave, tuve que reprimirme o me habría perdido en los recuerdos.

—Has tratado tan mal a mi amigo... —comenté tomando su mano y colocándola sobre mi paquete.

—Más bien a un conocido que empieza a caerme pesado, —Se aproximó y sentí su boca rozar la mía—. a pesar de que no sean más que unos gramos.

—Eres mala. —Aunque lo susurré de tal forma que casi parecía un elogio.

Ella me empujó, sentí el aire frío como el peor de los bofetones. Hacía lo que quería conmigo y cuanto más me rechazaba más crecía mi necesidad por un sencillito sí, por las migajas que quisiera regalarme.

—Me voy a bailar, ¿te vienes? Hoy he salido sola y no termina de gustarme. Siempre viene bien tener un compinche en estos casos. —¿Me estaba rechazando al tiempo que me pedía que le ayudase a encontrar un tío que se la follaría como yo no podía? Pues sí, justamente eso. Pelos en la lengua no tenía.

—¿Es recíproco? Porque tampoco viene mal una belleza que hable a mi favor.

—Trato hecho.

Mala suerte la mía. Si creía que era un farol fui testigo de cómo se mecía, de sus caderas encendiendo el suelo y creando una hoguera bajo sus zapatos. Ella cerraba los ojos y alzaba los brazos perdiéndose totalmente en las notas de aquella canción, sin ser consciente, o quizás sí, y eso era lo que le gustaba.

La vi perderse en el mismísimo infierno, olvidándose de mi persona, pero rozándome cada vez que giraba y dejando su aroma a mi alrededor, haciendo imposible esquivarlo.

—Tienes cola. Creo que puedes escoger a cualquiera en esta sala y todos aceptarían aquello que quisieras ofrecerle. —Tenía que decir algo, debía frenar sus movimientos o me convertiría en un adolescente que se dejaba ir sus pantalones.

Sus párpados se levantaron despacio, despertaba lentamente de un embrujo en el que se había llevado a varios consigo. Ella no conocía su poder ni probablemente su belleza, pero seguía sin lograr comprender aquella distancia que imponía entre ambos.

—Pues se quedarán con las ganas. Estoy cansada, me largo.

—¿Ya? ¿No quieres que te invite a tomar algo? ¿Un chocolate caliente y churros? —Ella sonrió y pasó las uñas por mi mentón, acariciando mi barba de una manera tan sencilla y hermosa...

—No sigas pensando en eso. Fue una noche, eres un tío majo, pero no soy lo que buscas. —Sus dedos aferraron mi pelo, tiraron de él para colocarnos a la misma altura. Me iba a besar tras rechazarme, tras dejarme claro que no volvería a repetirse sus labios se encontraban a unos centímetros de los míos. Si quería hacerme enloquecer se le daba realmente bien—. Debes comprender que a veces somos las tías las que no buscamos más que un desahogo. Fuiste tú como podría haber sido otro.

—Pero a veces surgen...

—Nada, no surge nada. —Sus labios se posaron como una mariposa en los míos, dejando su rastro sangriento y un vacío a su marcha.

Quería decir mucho, pero no encontré las palabras. La vi marchar sabiendo que un caballero al menos la habría acompañado para saber si llegaba bien, no fui capaz. Mis piernas no respondían, mi boca tampoco podía cerrarse completamente.

Siempre dicen que es el tiempo el que crea los lazos, que forzar las cosas es lo peor que uno puede hacer. Quizás ese fue mi error, la había acosado. Pero no me quitaba de la cabeza su mirada cuando casi la besé, la furia que demostró, cómo se escondió con cierta timidez unos segundos antes de plantarme el helado en la nariz. Quise, tal vez me lo había imaginado, una timidez y necesidad que no estaban ahí. La había convertido en la chica compleja que no solo era físico y bromas, sino alguien que se encerraba y poseía sus propios demonios.

De todos nuestros encuentros el más doloroso se había convertido en el que no conseguía sacarme de la mente.

Capítulo 6



Cuando te topas con alguien desagradable y tienes que tragar cuesta, cuesta mucho. Siempre me he considerado una persona dulce, repleta de paciencia y con la capacidad de desconectar. En aquel momento la tía que se acababa de colar descaradamente, bueno más que tía maruja que casi rozaba los cincuenta, se habría llevado un sandiazo en toda la cabeza.

Estaba cansada, los pies me dolían y la cajera parecía que no era capaz de introducir los dígitos en el orden correcto. Quise dejar mis cosas y acercarme a ayudarlo.

¡Al fin! Ahora solo tocaba que el cliente pagase, pero espérate tú. Saca la cartera, busca, cuenta el cambio y vuelve a buscar. Solo entonces, cuando crees que ha encontrado la cifra exacta resulta que le sale mejor pagar con tarjeta y se ha olvidado algo. Retén el ticket, el final de la cinta lleno hasta arriba de lo que debía ser la comida para todo un regimiento.

¿Por qué sucede esto? Fácil, las noticias nos habían vuelto locos a todos. Cuando el miedo aprieta nuestras vejigas cada uno actúa como mejor puede.

Resulta que un virus se esparcía por China y pronto habría de arribar a nuestras costas. Casi me esperaba ver levantarse a los muertos, como en cualquier película de zombis, cuando fui testigo de cómo la gente hacía acopio de papel higiénico y lejía. La comida era importante, pero limpiarse el culo más. Y sí, hablo del culo, porque el de cocina seguía intacto que, digo yo, ante la necesidad, ¿hay mucha diferencia entre ambos?

Y ahí estaba, observando como todos trataban de aparentar una normalidad que se fragmentaba, mientras reían y negaban, una y otra vez, estar preocupados por las noticias. En varias ocasiones hubo disputas, algunas a puntito de llegar a las manos. Al cabo de un rato lo que era divertido se convertía en una odisea. ¡Solo quería comprar compresas y una tarta!

Las leonas tenían un código mucho más respetable y es que... dos mujeres, una a cada lado del pasillo frente a un único producto. Se miran, esperan, no echan a correr enseguida por miedo a que la otra descubra sus “funestas” intenciones.

—¿Quiere bolsa? —me preguntó, al fin, la cajera. Desperté de golpe de todo un documental de National Geographic.

—Sí, una.

Una pareja se besaba a mi espalda, siempre cogidos de la mano, recordándonos a las demás que era posible sentir un deseo tan inmenso que el tiempo no existía para ellos, las diferencias se desvanecían y lo único que importaba era pasar el resto de tu día con aquel que te había robado el sueño.

¡Ingenuos! Quise gritarles. Los años harían que descubrieran los defectos o se traicionaran, sin embargo, habría dado cualquier cosa por regresar a mi adolescencia, a mi primer beso o la

primera vez que me había restregado con un chico, demasiado temerosa de perder la virginidad, aunque deseando descubrir cuál era ese placer que decían que opacaría lo que sentía en los brazos de aquel muchacho imberbe.

Me di la vuelta y salí de allí. Cabreada conmigo misma y con el mundo. Cansada de la soledad que me envolvía, de mi necesidad de abrigarme en los brazos de alguien y la sensación de que todos aquellos que me rodeaban eran iguales, dejando en mi interior una frialdad que ni siquiera el chocolate conseguía borrar.

Estaba tan herida que la desconfianza me hizo recelar de cualquier piropo o mirada interesada. No era que no tuviera pretendientes, pero ya no me fiaba.

Quise golpear algo y moví la bolsa con más fuerza de la necesaria. Se rompió, a pesar de que cada vez eran más caras, que a mí ya no me engañan con lo del reciclaje, lo cierto es que han sabido sacar tajada de eso como de todo lo demás y nosotros a pagar. Ahora las cobran, se rompen y has de hacer malabares para recoger la compra y llegar a casa con la autoestima intacta.

Me vi a los pies de mi tarta, pidiéndole perdón por hacerle perder su forma, sabiendo que ella habría de responderme con la misma moneda. Unos mocasines se detuvieron entre ambas.

—¿Necesitas ayuda? —Su voz me resultó conocida. Lo miré sin creermelo que nuestros caminos volvieran a cruzarse.

—¿Tú? ¿Acaso no has comprendido mi mensaje? —pregunté yo, sintiendo que, en cierta manera, la tormenta se disipaba en el horizonte. Algo en su gesto me relajaba, trataba de evitarlo, sin embargo, quería confiar, necesitaba hacerlo.

—Solo pretendo ser un buen samaritano. ¿Te ayudo?

—¿Y después buscarás meterme mano o directamente la lengua? —inquirí tendiéndole la tarta para poder levantarme y ocultando las compresas en mi abrigo.

—Ya me has dejado claro que no sirvo para más que una vez. Una auténtica pena —Sin saber muy bien a qué se refería le dejé tirar de mí.

Hacía mucho tiempo que un hombre no me tocaba. Sus dedos envolvieron mi muñeca, sus ojos verdes me observaban y la inquietud anidó en mi vientre.

Él no me tendió la tarta, caminamos en silencio unos minutos y nos detuvimos en el semáforo.

—Quizás aproveche lo que está pasando para irme al medio de la nada y perderme. Me convertiré en Tarzán, me entiendo mucho mejor con los animales que con las personas. No son tan cabrones.

—Te noto molesta por algo. —A veces es más sencillo hablar con un desconocido, por mucho que no me fuera completamente indiferente, eso dicen. En mi caso centré en él mis frustraciones.

—¿Por algo? A mí solo se acercan los cabrones, los salidos y los locos. En tu caso cumples los dos últimos. ¿Me has puesto un GPS en el bolso? Bah, da igual —me contesté yo misma.

—Quizás un poco, aunque sincero. ¿Cuál es tu gran miedo? No voy a robarte la tarta y puedo darte conversación por el camino.

—Dudo que tengas algo interesante que contar. —Tomé aire y busqué la calma que me esquivaba—. No me malinterpretes, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro. —No parecía muy convencido.

—¿Te funciona? ¿Vas por ahí asaltando y tratando de comerle la lengua a la primera que se te cruza? Yo no lo he probado, me parece ir a la desesperada y bastante peligroso. Barato te salió que no acabaste sangrando. —Él se aproximó, pero sus manos siguieron aferrando el paquete de plástico de la tarta que comenzaba a descongelarse.

—Si no me dejaste ni acercarme. Eres rápida en reflejos. —Bajó el tono y su deje grave no solo reverberó por su pecho—. De usar y tirar, ¿no? A lo mejor tienes miedo de volverte adicta a

mi lengua, que no solo puede hacerte la boca agua.

—Eres un descarado.

—Sincero. Siempre me ha gustado degustar a las bellezas como tú, ese sabor salado que enciende mi cuerpo y mi mente. —¿Cuánto tiempo llevaba yo sin mojar? Bastante, demasiado si encontraba aquella tontería erótica. Descarnadamente sincero me devolvió una imagen húmeda de lo que podría suceder entre ambos.

—Deberías hacer un panfleto.

—¿Cómo? —me preguntó completamente perdido.

—Como un puto. Oferta, dos por uno. Beso inferior y superior. —Me mordí el labio y algo en su expresión cambió. Sus ojos en mis dientes, su respiración más profunda—. Quizás no puedas poner un precio muy alto, aunque seguro que alguna cae y no pones en riesgo tu integridad física.

—¿Alguna? ¿Barato? —Alejó la tarta y dio un paso en mi dirección, si no hubiera escuchado los coches pasando tan cerca habría retrocedido. Me empezaba a costar pensar en algo que no fuera en su presencia ocupándolo todo.

No importaba la conversación, solo su postura, sus manos arrebatándome el espacio, su voz calentándome, su forma de mirarme como si fuera lo más apetecible del mundo. Ni siquiera habría necesitado hablar el mismo idioma para hacerme reaccionar, lo que indicaba que llevaba demasiado tiempo sin autosatisfacerme. Lo anoté mentalmente como una de las tareas más urgentes a realizar.

—Eso he dicho, te has regalado. —Se me atragantaban las palabras. Salieron estranguladas entre mis dientes. El sudor se había aferrado a mi piel y pegaba mi camiseta a mi cuerpo de una manera que comenzaba a asfixiarme.

—Cualquiera diría que no recuerdas lo que soy capaz de hacer.

—Y de nuevo estás como una cabra —sentencié.

Y si alguien me lo hubiera contado me habría reído. Se acercó, creí que, a robarme un beso, solo que en esta ocasión tenía pensado dejarle hacer. Por probar... Sin embargo, se detuvo a escasos milímetros, supe que él me deseaba, pero se contenía. Quise golpearlo justamente por la frustración que no sabía que había provocado en mis entrañas.

—Me deseas, aunque quieras negarlo —aseguró Martín. Su pelo negro, sus hombros anchos, sus brazos fuertes... ¿Era gilipollas? Claro que estaba bueno, pero de ahí a ser irresistible...

—Eres un creído.

—Recuerda, pequeña. Entre mis brazos gemirías, te retorcerías entre orgasmos capaces de dejarte sin aliento. Gritarías mi nombre y olvidarías el tuyo. ¿De usar y tirar? —¿A qué venía que repitiera tantas veces eso de usar y tirar? Lo dejé pasar, ciertamente deseaba que continuara—. Lo quieres, si lo quieres tómalo. Si soy tu chico pañuelo puedes usarme cuánto gustes. —¿Se estaba ofreciendo para aquello que desease y luego me dejaría en paz? Temía, tal y como era yo, no poder separar cuerpo y corazón. Irremediablemente me involucraba, siempre buscaba algo bueno, cierto lazo y lo reforzaba en mi interior, aunque en ocasiones jamás hubiera existido.

—No me gusta la mercancía que ha sido muy toqueteada antes.

—¿Te tienes asco a ti misma? —Puse los ojos en blanco.

—Un poco al considerar tu oferta.

Y apreté los mechones negros entre mis dedos, tras aferrarlos en un movimiento rápido que lo pilló de improviso. Tiré y se inclinó, podría hacer que hincara la rodilla, me contuve. Estaba en mis manos, yo decidía.

—Te gusta duro —aseguró él. Eso sí que me había sorprendido.

—Llevó mucho tiempo cediendo el control a otros que han usado mi confianza en mi contra,

han vuelto mis buenas intenciones contra mí de la manera más cruel. ¿Crees que puedes llegar y entrar en mi vida por las buenas? —No sabía que perorata estaba soltando, no llegaba a decidirme, a lanzarme a aquella idea loca que ocupaba mis pensamientos.

Llevaba mucho tiempo sin permitirme sentir, ahogada por emociones que descartaba, al tiempo que mis deseos sexuales se apagaban. De golpe, todo aquello que creí que no regresaría me tomó como una ola que me ahogó y me hizo saltar hacia la orilla. Mi orilla era él, un desconocido chiflado que estaba bueno.

“El salido que está para mojar pan” no se movía, con los músculos tensos aguantaba mientras yo apretaba ligeramente los dedos, despacio. Le dolía, lo justo y necesario para que aún no se hubiera decidido.

Y lo traje a mí, lo acerqué. Su boca firme golpeó mis labios, mi lengua lo buscó con un hambre desesperada. Se abrió a mí, entré y nos enlazamos en una lucha frenética que buscaba fundirse con el otro.

Nuestras cabezas cerca, nuestros cuerpos separados por aquella tarta de chocolate. Deseé lanzarla lejos, me negué ante la certeza de que la cordura regresaría cuando nos separásemos y no quería que aquello se terminase.

Era agradable, placentero, quise más. Sabía a menta, sus labios, no demasiado gruesos, ejercían la presión justa y me devolvían los embistes con una maestría asombrosa (puede que mi percepción también estuviera influida por mi escasa experiencia desde la última vez).

Los sonidos a nuestro alrededor se difuminaron, pero no estábamos solos.

—¿Perdón? —exclamó alguien, que se encontraba demasiado cerca. Una mujer trataba de pasar a nuestro lado con una de esas bolsas con ruedas que hacen de carrito de la compra, pero le era imposible ya que nos encontrábamos justo en el medio.

Cuando la miré sentí cierta vergüenza, intensificada ante su mirada fija. ¿Nos juzgaba o envidiaba? Me separé sintiendo el calor en las mejillas y bajando el rostro, di dos pasos a la derecha y le concedí el paso.

La observé caminar con cierto rencor.

—Tengo que irme —susurré, estirando las manos para recuperar mi compra.

—Podríamos quedar, tomar algo y hablar —sugirió Martín.

—No creo que sea el momento, ni tampoco que fueras la mejor compañía —Miré el cielo, por el que se deslizaban unas esponjosas nubes blancas, pensativa—. Creo que todo se complicará en breves.

—Solo tomar una copa. —El semáforo se puso en verde, comencé a caminar, siempre seguida por él.

Su hombro me rozó, me detuve. Sin volverme hacia él atrapé su mano, se quedó congelado a mi lado.

—Nada de lo que puedas decir me convencería para darte una oportunidad —aseguré tajantemente, para después añadir en un tono mucho más suave—. No me permitiré caer en algo que trae dolor irremediadamente.

Su brazo envolvió mis hombros. Había muchos demonios en mi interior que no le había enseñado a nadie. Todos observaban en mi rostro una sonrisa perenne y ya intuían que vivía en un mundo de cuentos. Casi nadie rozaba la superficie lo suficiente para saber que bajo tanta alegría descansaba un dragón dormido que temía despertar, ahogado en el fondo de mi corazón, bajo millones de pesadas losas.

Sin embargo, su brazo envolvió mis hombros en silencio, sin ninguna chorrada que habría oído mil veces. Me pegó a su pecho y esperó.

—Confiar significa que te harán daño. No puedo hacerlo —confesé—. Alcé la mirada, esta vez él era diferente, no tenía esa pose de niño malo, travieso. Casi parecía triste por mí, como si compartiéramos un gran secreto.

—No hagas aquello para lo que no te sientas preparada. En ocasiones es más sencillo dar el cuerpo que el alma. —Asentí, aunque en ningún momento habíamos llegado tan lejos—. Acude a las ocho al bar Equix, estaré allí. Te sientas y dejamos que el tiempo pase.

Asentí, sin estar convencida del todo si acudiría a la cita.

Capítulo 7



Noemí se negó a dejarme sola, esa fue la excusa que se puso para quedar con Melanie y salir de fiesta.

Ella intuía mi nerviosismo, también sabía cuándo preguntar y cuándo era mejor tomar mi mano y estar ahí.

—Hace mucho tiempo desde la última vez —susurré, mirando con desconfianza mi reflejo en el espejo. La ropa gritaba que estaba dispuesta a llegar a más, mientras deseaba enfundarme en mi pijama y esconderme bajo unas mantas en el sofá.

—Es el momento de pasar página. —Asentí como hacía siempre que tenía mucho que decir al respeto y, aun así, mantenía la boca cerrada.

Ella me preparó como una niña, ella la lanzada y yo la que permanecía en la retaguardia. La había visto tomar todo lo que deseaba sin miedo, mientras yo permitía que la duda me dejase siempre atrás. Solo una vez me permití soñar y me lancé, la hostia fue tan impresionante que no me quedaron ganas de más.

—Sigo sin saber por qué lo hago.

—¿Sexo? —preguntó Noemí. Ella siempre tan directa, asentí con una mueca cansada que emulaba la alegría tras la que me escondía —No permitiré que vuelva a suceder de nuevo.

—¿Y cómo vas a evitarlo? Era imposible saberlo —comenté, queriendo que nada me molestase. Ella se lo había tomado mucho mejor que yo cuando todo sucedió teniendo en cuenta que al compartir el mismo rostro, también compartimos las consecuencias de lo que fue la peor relación de mi vida.

—Debí intuir que era un cabrón.

—No tenemos nada que ocultar. Eres hermosa, fuerte e inteligente. Roberto ganaría si permites que lo que sucedió te impida volver a disfrutar. —Pero me sentía vigilada en todo momento, como si los ojos de decenas de personas se centrasen en mí. Odiaba salir de casa y raramente lo hacía si no era para ir a clases. Temía cualquier cámara o móvil, temía aparecer en sus pantallas o que alguien me reconociera mucho antes de haberme conocido.

—Nunca he sido como tú. —Quise correr hacia mi dormitorio y cerrar con llave, pero mi monstruosa hermana habría tirado la puerta con tal de sacarme de allí. No debí contárselo, pero en el fondo sabía que si no lo hacía jamás traspasaría el umbral, media hora antes de las ocho.

—Lo eres, solo que todavía no lo sabes. ¿No te han enseñado nada esas pasteladas que te tragas todas las noches? Las tontas e ingenuas siempre consiguen al maromo, al mismo que te baja las bragas con la lengua, te ata al cabezal de la cama y sabe hacerte sonreír cuando el día ha sido jodido. —Tiró de mí y acarició mi mejilla como solo una hermana mayor sabe hacer. Seis minutos

nos separaban, no parecía mucho, pero seguía siendo la mayor.

—Son ficción. Los que parecen buenos son los peores.

—No todos...

—¿No? ¡¿No?! —No quería gritar, no debí hacerlo. Tomé aire y, sin hablar, me disculpé con ella en un apretón de manos—. Puede que no. ¿Cómo saberlo? Me destrozaría, no podría volver a soportarlo de nuevo...

—Esta vez no me contentaría con denunciarlo. Le cortarían la polla, eso tenlo por seguro.

Me repasé ante el espejo y me dejé rodear por dos locas que no tomaban jamás buenas decisiones y, sin embargo, darían cualquier cosa por aquellos a quienes querían. Inseparables, eso nos definía, aunque yo había dejado que entre ambas se abriera un pequeño abismo éste se desvaneció tan pronto pedí ayuda.

Ellas me dejaron en la puerta y yo entré. Las miré con escepticismo, parecían unas espías, pero de las malas. ¿Quién llevaría aquellas inmensas gafas de sol cuando la noche ya rozaba las aceras? De los abrigos largos ya ni hablaremos.

—Te esperamos en el local de al lado, al fin y al cabo, necesitaréis intimidación, pero solo tienes que llamarme y en dos segundos estaré contigo —aseguró Noemí.

—¿De verdad no podemos ni echarle un vistacito al que ha conseguido sacarla de su crisálida? —preguntó Melanie, girando la cabeza cual búho en busca de su presa.

—Ni de coña. ¿Te imaginas que me ve y se vuelve burro con la idea de tener a dos igual de guapas? No quiero quitarle al chico por ahora. —Y con su incomparable contoneo de caderas se alejó, dejándome sola ante el peligro.

Llegaba diez minutos antes, quería hacer mío el terreno. No era una guerra, aunque me haría sentir mejor tener un buen chocolate entre las manos antes de que llegase. Pero reconocí una espalda en una de las mesas del fondo.

Ahí me temblaron las piernas, incomprensiblemente, teniendo en cuenta de que ya conocía sus pelotas de cerca, pero la debilidad me embargó. Y me puse una careta diferente a la que solía usar, pasé de ser la chica alegre a la lanzada, la que vestía su piel de indiferencia y llamaba las cosas por su nombre.

Pasé por detrás y arañé sus hombros. Cuando giró la cabeza buscándome yo ya me hallaba ante Martín.

—Llegas pronto —comenté a modo de saludo.

—Y tú estás preciosa.

—Si comenzamos mintiendo y dorando la oreja vamos mal —solté levantando las cejas y tomando asiento—. Tú, en cambio, podrías haberte peinado.

¿Nunca os habéis encontrado en una situación en la que entablar una conversación es como tratar de beber aceite? Las ideas acudían a mi mente y las desechaba mientras él aprovechó la ocasión para tomar mi mano derecha.

Fue tierno, nada forzado. La camarera nos regaló una sonrisa al vernos, yo pedí una cerveza sin tener ni idea de cómo actuar.

—Me gustaría saberlo todo de ti. Pocas veces alguien me ha parecido tan misterioso. —Martín dejó que su índice trazase una serie de círculos concéntricos en mi muñeca. Yo me quedé mirando aquel punto.

—Es lo que tiene abordar a la gente en la calle.

—No me refiero a eso. En ocasiones tan dura y otras pareces un cervatillo asustado. —No sé si me gustó precisamente la última parte—. Tanto fuego y dulzura en un mismo cuerpo, y no un cuerpo cualquiera —añadió.

—No me tires de la lengua...

—¿Y si es precisamente eso lo que me encantaría hacer? —Martín me dio un tirón leve que me hizo acercarme—. Quiero quitarte la ropa, los miedos, las reservas. No busco tu corazón, pero lo encontraré mientras lo único que te dé sea placer y risas. ¿Quieres que juguemos un rato para dejar atrás las reservas?

—Tú dirás.

—Quiero conocer tus secretos inconfesables. Tus fantasías, cómo te gusta y dónde prefieres que te acaricien. Quiero que tú misma me muestres lo que buscas. —Me tensé y me tentó. Miedo, duda y deseo.

—No te has explicado muy bien

—El típico juego de preguntas, pero yo no seré caballeroso.

—¿Caballeroso tú? —La risa salió de manera espontánea—. Entonces necesitaré una cerveza bien fría.

—Mejor que sean dos. —Y se levantó presto a cumplir mis deseos.

Después de eso descubrí los peligros de aceptar responder a cualquier pregunta que se formulase. Ante todo, yo no soy una mentirosa, aunque habría deseado callarme algunas cosas.

Pasamos de “¿te gusta pasear? ¿Cuál es tu prototipo de chico?” Vamos, las cuestiones básicas a...

—¿Y tu postura favorita en la cama? —Los ojos de Martín me recorrieron con descaro para quedar fijos en mi escote. Debía ser hermoso, por la cara de salido que les dedicó a mis gemelas.

—No sé el nombre técnico. ¿Acaso quieres que te la describa?

—Solo si nos pones a ambos como protagonistas. —Di un largo trago a mi cerveza, bajaba demasiado rápido. Su voz me hizo contener un suspiro necesitado, ¿hacia más calor o era cosa mía?

—¿Pretendes que me convierta en tu línea erótica?

—Pretendo mucho más que eso. Nunca he sido muy conformista y esta no será la primera vez —aseguró. Su mano buscó mi pierna, no recordaba que estuviésemos sentados tan cerca. Sus dedos se deslizaron desde mi rodilla hasta mi gemelo, para aferrarlo y despegar mi pie del suelo. De pronto mi pierna estaba estirada sobre las suyas, sus dedos trazaban líneas despistadas desde mi tobillo hasta mi rodilla—. ¿No vas a contestarme? ¿Ahora tienes miedo?

—Jamás podría tenerte miedo —aseguré, aunque dos opciones pugnaban en mi interior: salir corriendo o lanzarme a sus brazos.

—¿Entonces?

Miré a nuestro alrededor temerosa de que alguien más tuviera puesto el oído, sin embargo, las horas pasaban y todos tenían cosas mucho más interesantes que hacer. Tomé aire y centré mi mente, pero las imágenes, con ambos como complemento central, no hacían otra cosa que querer llevarlas a cabo. No caería, si eso era lo que buscaba, no lo encontraría por el momento.

—Me gusta estar debajo —dije escuetamente. El aire se había espesado considerablemente.

—¿Y?

—¿Cómo y? Ya he respondido. —Quise zafarme, sus dedos pellizcaron mi gemelo y salté en la silla, recomponiéndome con rapidez... como pude.

—No, hay muchas posturas dentro de esa descripción. Podría ser contigo a cuatro patas, aceptándome, recibéndome con sumisión. —Mi entrecejo duplicó su tamaño—. Veo que no voy por buen camino. El misionero es demasiado aburrido para ser la escogida. Siempre está esa en la que agarraría por los brazos y, tras hacer que te inclinaras de manera que tu culito...

—¡Ya contesto! ¡Ya contesto!

—¿Te encuentras bien? —¿Sería farsante! Su mano atravesó mi rodilla y se internó un poco más arriba mientras se inclinaba sobre la mesa como si de verdad estuviera preocupado. Mis mejillas ardían, mis labios dejaron una fina ranura por la que el aire, demasiado caliente, entraba—. ¿Necesitas que te haga el boca a boca? Tengo el curso de primeros auxilios.

Y con un giro, mi pie contra su entrepierna, esta vez no fue daño lo que provoqué, aunque saltó de nuevo sorprendido.

—Estaba pensando en cómo contarte lo que me gusta sin que te pongas a montarme. Pareces bastante necesitado —comenté sin darle mucha importancia. Entre ambos corría la electricidad, nos conectaba incluso allí donde no nos tocábamos, nos encerraba en una jaula en la que los sonidos o el resto del mundo se desvanecía. La oscuridad caía fuera, la noche traía algo que movía nuestra sangre con más fuerza por el interior de nuestros cuerpos. Quizás se debía a la magia, a la necesidad, a la química que nos obligaba a buscar a un compañero a la altura. No importaba, solo lo veía a él y los miedos se disiparon, comenzando a disfrutar también del poder que podía ejercer sobre Martín, que hasta entonces llevó la batuta—. Me gusta sentir el pecho del escogido en mi espalda, sus brazos sosteniéndome y su boca en mi cuello. La oreja es un lugar prohibido que siempre deseo que visiten, pero que me hace retorcerme buscando la libertad.

—Algo contradictorio. —Sus ojos descendieron por mi mentón y se clavaron en el arco de mi cuello.

—Si me vas a cortar mejor lo dejamos.

—No, no, sigue, pero... —Se pasó la mano por la boca.

—Quizás podríamos dejarlo por hoy —sugerí haciendo el amago de levantarme.

—Me matarías —Prácticamente suplicaba que continuara, cedí “a regañadientes”.

—No me digas eso... —Tome otro sorbo de cerveza, que relajó un poco más mis músculos—. es demasiado tentador. —Me pasé las uñas por el mentón y acaricié mi piel, descendiendo rumbo al escote, donde posé la mano—. Me gusta sentirlo a mi espalda, ocupándolo todo, sin saber qué esperar. Me gusta sentirme aprisionada entre su cuerpo y el...

—Mi cuerpo, mi cuerpo y el colchón. —Acepté su corrección poniendo los ojos en blanco.

—Me gusta sentirme aprisionada entre TU CUERPO y el colchón. El pecho de un... tu pecho duro, tus manos separando mis piernas y colocándose justo en el centro mientras mordisqueas mis lóbulos. Sentirme pequeña y poderosa mientras acepto cada empujón, mientras me debato en cada movimiento.

—Suenas muy bien. Creo que nunca lo he probado, quizás...

—Un buen intento. —Ahora el pantalón le apretaba un poco más—. ¿Me toca?

—Te toco lo que quieras.

—Preguntar. —Ya tenía las palabras preparadas cuando mi móvil sonó. Al principio no ubiqué la procedencia de aquel sonido estruendoso que rompía nuestra burbuja, luego lo agarré con dedos temblorosos—. ¿Sí?

—¿Cuánto tiempo vas a tenernos esperando?! Si te lo pasas bien podrías habernos avisado para que también pudiéramos divertirnos. —Por su voz fangosa supe que tampoco había perdido precisamente el tiempo. Siempre tendiendo a exagerar, aunque se notaba que se alegraba por mí.

Podía escuchar a Melanie de fondo riéndose con alguien más. Cabronas, planes mejores...

—¿Quién es? —inquirí, mirando de reojo a Martín.

—¿Ahora jugamos a eso? Creo que has aprendido demasiado, quizás sería mejor que volvieras a casa —sugirió Noemí con una risita tonta gorgojando bajo cada una de las sílabas que había pronunciado.

—Voy a ir al servicio a hablar que aquí hay demasiado ruido. —Casi sentí que tenía que

pedirle permiso para recuperar una de mis extremidades al ver su carita de pena. Así aprovecharía la oportunidad para refrescarme un poco.

Me levanté y estiré antes de girarme. Me comía, literalmente, con aquellas pupilas negras que prácticamente habían duplicado su tamaño. Me gustó la sensación, dejando atrás la paranoia que normalmente me acompañaba. Pocos podían saber con lo que había tenido que convivir los últimos meses.

—¿Y bien? Debe ser de los buenos. ¿Seguro que no quieres compartir? Ni siquiera se enteraría del cambio, sé fingir muy bien tu aire de niña buena.

—¡Noemí! —Aunque jamás me haría tal cosa.

—Vale, vale. En diez minutos me largo, ahora... ¿hay algo que deba saber?

—¿Podrías hacer poco ruido al volver a casa? —pedí con la vergüenza de lo que eso implicaba en forma de colorete.

—¿Poco ruido?! ¡Melanie, mi hermana hoy moja! ¿Eso significa que dejarás de regañarme por todo? Espero que al menos me hagas un buen pastel a modo de agradecimiento. —Casi podía oír los cohetes que lanzaba, tampoco era que tuviera telas de araña en la vagina...

Capítulo 8

Martin



Ella era adictiva como las drogas. Sentía la presión de sus ojos, de sus palabras, de no sentirme a la altura de la que podría ser mi diosa. Necesité despejarme, volver a despertar mis neuronas y aproveché para salir a la puerta, dejar que el aire frío me devolviera la capacidad de pensar en otra cosa que no fuera en la mujer que me esperaba dentro.

Casi podía sentir sus interminables piernas enrolladas en mis caderas mientras la besaba sin control. Me dije que controlaba la situación para, a continuación, apoyarme en el marco y volver a vislumbrar su imagen en mi mente. Cuanto más la conocía más me costaba mantener las distancias.

Entonces la vi. No estaba sola, precisamente eso me cabreó sobremanera. No comprendía cómo había logrado salir del bar sin que yo me hubiera percatado, no me la imaginaba saliendo por la diminuta ventana de los servicios tipo spiderwoman, pero no se me ocurría otra opción.

¿Llevaba un vestido diferente? Mi cerebro debía estar engañándome, aunque de lo que sí estaba seguro era de que la mujer que, segundos antes me susurraba escenas de lo más calientes y divertidas, ahora estaba con su amiga y dos chicos más. A dónde se dirigían no era un misterio cuando uno de ellos la sujetó por la cintura y la atrajo hacia él.

Quise gritar, aullar de frustración al comprender que aquella diosa, tras calentarme, pretendía dejarme plantado, esperando un regreso que jamás ocurriría. Quise lanzarme sobre ellos, pero lo que menos necesitaba era ser apaleado por dos hombres, mi orgullo no lo soportaría.

Su risa me golpeó como un mazazo, sus ojos brillantes, aquella indiferencia ante lo que se disponía hacer. ¿No tenía conciencia? ¿Eso era la llamada? Una señal para largarse.

Tomé aire, mi control se mecía en una peligrosa cuerda floja.

—¿Te largas tan pronto? Creí que al menos tendrías algo de decencia, pero, tal y como dijiste una vez, jamás repites. Cada día con uno —dije lo suficientemente alto para que todos se girasen hacia mí. Los ojos de Noemí se abrieron sorprendidos.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí? —Era una gran actriz. La sorpresa parecía genuina, si no la estuviese viendo con mis propios ojos incluso la habría creído, eso me jodió más.

—¿Yo? ¿Te he jodido los planes?

—Empiezo a preocuparme. ¡Tienes que dejar de perseguirme! —Su cabreo iba en aumento, ¡era lo que me faltaba! Una niñata que jugaba de aquella manera conmigo, sin vergüenza alguna, y tenía el descaro de ser ella la ofendida.

—Oye tío, no molestes. Nos lo estamos pasando demasiado bien —comentó el que se encontraba al lado de Melanie—. Tómame algo y no jodas.

—¿Que me tome algo? —No podía, empezaba a verlo todo rojo. Mis manos formaron dos

puños y eso que en mi vida me había pegado con nadie, aunque, si aquella debía ser mi primera vez, no se me ocurría mejor ocasión—. ¡¿Que me tome algo?!

—Eso he dicho. ¿Acaso estás sordo? —Bufé cual tigre. Gruñí sintiendo un instinto animal muy, pero que muy oscuro.

—Te voy a partir la cara —asegué en un tono grave que hizo que el aludido diera un paso hacia atrás. Muchos amenazan, pocos tienen los huevos de pelear cuando llega el momento.

—¡Ya vale! Lárgate patético. No sé cómo me has encontrado, pero si vuelves a molestarnos llamo a la poli. ¿Capichi? —La voz de Noemí fue el bofetón que necesitaba. ¿Por qué salir herido por alguien que no merecía la pena?

Me giré y volví a entrar. Sentía el efecto del alcohol que había ingerido en la cabeza y casi me alegré, no necesitaba pensar en nada en aquel momento. Lo mejor sería que me fuera a dormir la mona, pero nunca hice lo más lógico.

Capítulo 9



Cuando volví a salir del baño el ambiente se había enrarecido. No había tardado más de diez minutos, pero frente a Martín se diseminaban cinco vasitos de chupito vacíos que dejaban en sus ojos una opacidad extraña, sus pupilas se perdían a lo lejos, buscándome, encontrándome y pasando de largo.

No me gustó verlo en aquel estado, pero no quise juzgar antes de tiempo, aunque la señal de alerta ya gritaba en el interior de mi cerebro. No cometería los mismos errores.

—¿Te encuentras bien? —pregunté tan pronto tomé asiento, pendiente de sus manos, manteniendo una distancia prudencial, comprendiendo que si había llegado a emborracharse podría reaccionar de cualquier manera, al fin y al cabo, no lo conocía de nada.

—¿Has vuelto? —Su mano mecía un último chupito lleno de un líquido dorado. Lo miró, se relamió los labios, tentado a vaciarlo.

—Claro, ¿a dónde querías que fuera?

—Pensé que irías a montarte a cualquiera que se cruzara en tu camino —gruñó, inclinando todavía más la cabeza. Un poquito más y podría dormir perfectamente la mona encima de la mesa.

—Creo que es mejor que me vaya. No voy a consentirte...

—¿Ahora? Estoy cansado de que jueguen conmigo. ¿Por qué has venido si no tenías intención de intentar realmente conectar? —me acusó, aunque no comprendí exactamente cuál era mi delito. ¿Mear? ¿Tanto me había extrañado? No me gustaba aquella dependencia.

—No eres lo que estoy buscando. —Hice amago de tomar tu bolso.

—¿Por qué has regresado? Ya te habías largado, ¿necesitabas observar si me había quedado muy jodido? —Agarró mi mano con fuerza, no me hizo daño y solo por eso esperé. Sus ojos verdes me clavaron a la silla.

—¿Y por qué habrías de estarlo?

—Porque por más que lo intento siempre acabas huyendo. Me das esperanzas y al momento me miras con la más absoluta indiferencia. —Sonreí con dulzura. Parecía un niño pequeño, triste, buscando consuelo. Acaricié su mano y me repetí a mí misma que era solo una noche. Solo una noche, no buscaba un hombre para el resto de mi vida, no creía que fuera posible estar tanto tiempo con alguien, pero en él había algo que me atraía y no quería quedarme con la duda.

—Estoy aquí y no haces más que comportarte como un tarado paranoico. —Entonces algo revivió tras sus mejillas. Se fijó en que nuestras manos estaban entrelazadas, en mis labios rojos, que adornaban una preciosa sonrisa.

—¿Es algún tipo de juego?

—No soy tan experimentada. —Conseguí arrancarle una sonrisa que lo despertó—. ¿Qué

podría hacer para que no creyeras que estoy puteándote?

—Bésame.

—¡Mira tú que listo! —Aunque la posibilidad me hacía temblar. Me gustaba y eso hacía que disculpase su extraña actitud. Ya había salido con los niños buenos y me escaldé al confiar en sus palabras. Quizás ahora un malote, alguien que me tuviera siempre alerta no fuera un mal cambio, al menos ya sabía lo que podía esperarme.

—¿No lo deseas?

—Si esto es una estrategia diré que podrías devanarte un poco más los sesos y currártelo. La pena no suele ser muy erótica. —No llegué a decirle que no.

Martín se puso en pie. Sus manos se apoyaron unos segundos en la mesa y acabó tendiéndome una cuando él mismo recuperó el equilibrio.

Cual damisela dejé que mis dedos cayeran sobre la palma de su mano, una caricia suave que acabó con sus dedos apretándome y tirando de mí. Había un instinto animal, una necesidad quizás adornada con cierto miedo. Parecía que esperaba que en cualquier momento cambiase de idea, pero seguía arriesgándose al no.

—¿Estás mareado? —pregunté por decir algo que me hiciera calmar los nervios. Hacía demasiado tiempo que no me concedía algo tan sencillo como una cita, empezaba a odiar incluso salir a la calle. Las personas me asustaban pues me habían hecho tanto daño que preferí encerrarme en mi propia crisálida. Solo en mi piso me sentía a salvo, aquel estaba siendo un paso inmenso para mí.

—Un poco, —Sus dedos acariciaron mi mejilla, su mano descansó ahí—. se me pasará enseguida.

Se inclinó y yo cerré los ojos. Lo esperé sin ser capaz de moverme. Acercarme o retroceder eran dos opciones que no existían, solo me permití quedarme allí.

Su aliento fue el primero en llegar a mí, alcohol aderezado con el sutil aroma del deseo más carnal. Después sus labios, un jadeo escapó entre mis dientes, que aprovechó para penetrar mi boca.

Nuestras lenguas danzaron despacio, se enredaron y sentí sus brazos envolviéndome con fuerza, sosteniéndome ante la debilidad que me embargaba. Poco a poco fui ganando confianza y participando más activamente, tomando la iniciativa, mordisqueando su lengua y jugando como una niña pequeña que ha encontrado algo muy, pero que muy divertido que hacer.

Fue la camarera, que con una sonrisa nos tendía la cuenta, la que devolvió la razón a aquel momento. Nos habíamos olvidado dónde nos encontrábamos y eso tiñó mis mejillas al comprobar que varias personas nos observaban con curiosidad y algo de morbo.

Martín sacó la cartera, yo me disponía a salir corriendo para esperarlo fuera, pero en ningún momento soltó mi mano. Aguanté como pude.

Todos sabían lo que ocurriría después, a dónde nos dirigían nuestros pasos. El calentón era algo por lo que cualquier persona mayor de edad había pasado antes o después.

Salimos a la calle, el aire fresco actuó como un látigo que abofeteó mis mejillas. Me abracé a mí misma y él me sorprendió quitándose la chaqueta y echándomela por los hombros. Después sus brazos me envolvieron.

¿Algo extraño? No hablábamos, tampoco nos negamos aquellos besos que nos dedicábamos cada pocos pasos. Mi risa nerviosa acompañaba lo que se convirtió en un pilla–pilla.

Acabé corriendo nerviosa, sintiendo sus pasos a mi espalda, su voz, su respiración profunda. Me atrapaba, un pico húmedo que buscaba horas de interminable placer y del que escapaba queriendo más, pero disfrutando de haberme convertido en su presa.

—El alcohol ha hecho grandes estragos en ti. ¿Quieres que vaya más despacio para que puedas alcanzarme? —Las carcajadas me hicieron rejuvenecer.

—¿Eso crees? Es que me encanta ver ese precioso culo botar. Me apetece tanto morderlo... — Aulló cual lobo feroz.

Llegamos al portal y casi no pudimos pasar de ahí. Mi boca, mi cuerpo, mi piel estaba tan necesitada... El calor, el cariño, el placer, emociones que me había autoconvencido que no necesitaba resultaban adictivas.

Sus manos ascendieron por mis muslos, levantando de paso la fina tela de mi vestido. Solo unas finas medias, que amenazaban con rasgarse en cualquier momento, se interponían entre sus yemas y mi piel. Jadeé de nuevo.

—Pueden vernos. —Apenas podía respirar, hablar era mucho más difícil. Dos palabras que escaparon en fascículos.

—Tendrían mucha suerte, te prometo que jamás podrían olvidarlo. —Eso me hizo empujarlo, fue como un cubo de agua frío que me recorrió por completo devolviéndome la cordura.

—No me van esas cosas. —Quise abrir la cerradura, dejándolo fuera.

—¿Qué he hecho?

—No me van los espectáculos públicos.

—No quería decir eso, solo que tendrían suerte si pudieran ver, aunque fuera unos segundos, a una mujer como tú, pero a mí tampoco me gusta compartir. —Me detuve, no quería subir sola, tampoco recordar.

—Jamás vuelvas a insinuar algo parecido —pedí, desde el fondo de mi corazón.

Se acercó a mi espalda y apoyó su mentón en mi hombro. El silencio nos envolvió y su calor me reconfortó. Quise llorar, no lo hice porque no podría darle explicaciones. Era mi secreto, algo que llevaba a mis espaldas y prefería mantener oculto pues aún seguía avergonzándome.

Finalmente me apoyé en su pecho, sentí el rápido latido de su corazón. Me giré despacio, él dejó un beso en mi frente.

—¿Subimos? —inquirí temerosa. Estábamos al borde de un precipicio y cualquier cosa podría suceder.

—Solo si estás segura, podemos quedar otro día. —Y me perdí en el verde de sus ojos. Fui yo quien se estiró y lo busqué. No lo obligué a aceptarme, tampoco se retiró. No se movió, pero sus labios estaban ahí y yo los acaricié con los míos.

—¿Subimos?

—No seré yo el que se niegue.

La vida puede ser una montaña rusa que te lanza a situaciones en las que pocos días antes no creías que te encontrarías. En aquella ocasión buscaba sexo desenfrenado sin compartir más que mi piel, mi cuerpo, sin embargo, la inseguridad seguía allí abriendo compuertas que trataba de mantener selladas.

Lo llevé a mi dormitorio, él, por un segundo se quedó mirando la puerta de Noemí, no dijo nada.

No nos acercamos a la cama, yo sabía lo que pretendías.

—¿Por esto querías saber mi postura favorita? —Él pasó la nariz por el arco de mi cuello.

—Quiero que no puedas olvidarme, que no consigas sacarme de debajo de tu piel.

—No confiaría tanto en tus habilidades. —Traté de girarme, no me lo permitió.

—Cierra los ojos, permíteme convertir tu fantasía en realidad. Deja que tu mente vuele, no quiero que sepas lo que voy a hacerte antes de que lo sientas —susurró sobre mi oreja. Arquee la espalda.

—¿Y tardarás mucho? —Quise quitarle aquella aura de importancia a la situación, como si fuéramos a compartir un momento solemne.

—¿Estás impaciente?

Al tiempo que hablaba hacía resbalar la tela del vestido, que cayó a mis pies. Quería tocarlo, apreté las manos para no hacerlo. Era una muñeca que él desvestía, alguien que aceptaba lo que quisiera ofrecerle, sabiendo que cada uno de sus gestos estaría destinado a encontrar mi mayor placer.

Y sus gestos lo llevaron a dejarnos a ambos como nuestras madres nos trajeron al mundo. Piel con piel, el calor incrementándose y mudando de cuerpo, conectados, aunque no hacíamos más que rozarnos.

Noté su excitación contra mi culo, la apretó sin más mientras acariciaba mis pechos, devoraba mi hombro y dejaba mordisquitos sin previo aviso. Sus dientes rascaban mi piel sensible, la erizaban, mis pezones habrían podido cortar el cristal.

Quería, necesitaba ir más rápido. No era que tuviera prisa, aunque las humedades habían llegado y precisaban un buen fontanero. Yo quería que él se ocupara de saciarme, siempre podríamos repetir más tarde. No era tan mala idea, ¿verdad?

Sin embargo, es difícil hablar cuando tienes a alguien rozando zonas prohibidas, cuando un desconocido llega a arrebatarte el aliento.

De pronto no lo sentía. ¿Se había ido? Iba a girar la cabeza, dispuesta a hacer el salto del tigre sobre la cama y esperarlo con las piernas abiertas, cuando su mano alzó mi pierna derecha.

Si en algún momento esperaba ver salir una cabeza por aquella zona os aseguro que no me esperaba una tan grande, con algo de barba, y... Pues eso, ¿qué coño hacía?

—No... —gemí cuando lo comprendí.

Demasiado tarde. Su lengua, ¡que menuda lengua! Salió a mi encuentro. Buscó entre pliegues que lo necesitaban, solo que no calmaba mi sed.

—Sabes tan bien... —Iba a perder el pie, actuó con rapidez para impedirlo, no me dejó caer, por el momento.

Aprovechó el hueco que había entre mis piernas y ahí se coló, sin llegar a penetrarme. Como un balancín se mecía mientras seguía torturándome hasta que nos arrastré a ambos entre las sábanas.

Reímos, busqué girarme y él me apretó contra la almohada.

—¿Seguro que quieres volverte? —Mordió el lóbulo de mi oreja.

—¡Lo quiero ya!

—Pareces una niña necesitada. Casi me apetece oírte suplicar.

—Jamás haría eso —aseguré.

—¿Cuántas horas lo soportarías? Lo único que extraño son tus preciosos ojos café mirándome mientras te llevo a las nubes.

—Todo un poeta —aseguré.

—No me trates mal o tendré que castigarte —me amenazó, moviéndose con más intensidad, haciendo que su glande casi, casi, se introdujese en mi interior—. ¿Lo quieres?

—Sí.

—Pero aún podemos jugar un poco más.

Y volvió a besar mi piel, acunó mis caderas entre sus dedos, cogió mi pierna y me abrió hasta que no pudo más.

Solo entonces, cuando apenas podía respirar, el aire entraba caliente en mis pulmones como si estuviéramos dentro de la sauna más húmeda, solo entonces aceptó.

Sin aviso, una intrusión que casi me hizo llorar. Mordí la almohada, pero él no aceptaría mi

silencio.

—¿Me detengo? —Quise gritar ante tal posibilidad. ¿Acaso sería capaz? ¿No sentía él la misma intensidad, aquel impulso de volverse loco y tomarlo todo sin más?

—No.

Y me regaló unos empujones duros, intensos, capaces de rasgar mi voluntad. El cabrón sabía lo que hacía, no mantenía el mismo ritmo el tiempo suficiente para dejarme volar. Me mantenía anclada en un punto álgido, en un lugar en el que habría agradecido la más mínima brisa.

—¿Te gusta? —preguntó él de nuevo.

—Sí.

—¿No vas a decir nada?

—¡Deja de hablar de una puta vez! —aullé embravecida.

—Niña mala, qué niña más mala.

Pero me hizo caso. Sus manos cogieron las mías y las mantuvieron fijas contra el colchón. Sus caderas golpeaban mis nalgas, el sonido salpicaba las paredes como la mejor de las melodías.

Podría haberme echado toda la vida allí, detener el tiempo y disfrutar eternamente del placer más frívolo quizás, pero el placer más puro. Todo terminó sin que pudiera evitarlo.

Nos rendimos juntos, lo sentí tensarse y al saber que lo había llevado a aquel estado yo misma me vi arrojada al orgasmo. Un orgasmo que se llevó cada gramo de energía, el aliento, la capacidad de permanecer despierta.

Solo después, cuando el único recuerdo de lo que había sucedido estaba en las gotas de sudor que nos cubrían, solo entonces me giré y lo miré. Me envolvió, sus brazos se convirtieron en mi colchón y me acunaron.

Habría sido más sencillo largarlo, mantener las distancias, no tener que mantener una conversación cuando llegase la mañana, pero era tan sumamente agradable estar acompañada...

Tampoco tuve un largo debate conmigo misma, el sueño me venció pronto. Esperaba que, en aquella ocasión, no llegasen las pesadillas.

Capítulo 10



Para algunos sería temprano, para otros demasiado tarde. El sol salió y, solo entonces, me encaminé hacia mi portal.

No iba borracha, tampoco muy lúcida. Tenía una alegría extraña, poco natural, que me mantenía a flote cuando mi cuerpo ya debía haber caído rendido a causa de tantas horas bailando.

La llave es uno de mis enemigos principales en momentos como aquellos. Insistía en no introducirse en su lugar, resbalando por la cerradura como si estuviera hecha de aceite, convirtiendo la sencilla tarea de abrir en algo que me enfurecía. Quizás fue eso lo que agrió mi carácter, aunque en mi situación habríais hecho algo peor, ¿cómo podría yo imaginar que había un motivo, una explicación para su presencia en mi piso?

Entré. Las cortinas estaban abiertas y la claridad inundaba el piso, dándole un aire triste, casi melancólico. Jamás comprendería por qué lo habíamos adornado con colores tan sobrios, aunque al menos era acogedor.

Dejé caer los tacones y lancé el bolso lejos. En mi euforia por acercarme al lecho que me recogería durante unos añitos... tampoco pensé en el móvil que iba dentro. Mi cerebro había desconectado mientras trataba de recordarme que debía quitarme el maquillaje y ya, si era responsable, echar una meadita que evitase que me levantase pocas horas después en una tarea tan insignificante.

Abrí la puerta del baño y me quedé de piedra, alguien se disponía a salir. Pasé de la incredulidad a la auténtica ira, en ningún momento pasó por mi mente que estuviese en peligro.

—¿Tú? ¡Pero qué cojones haces aquí! —grité enfurecida. Él me miraba de arriba abajo con la ceja levantada, incluso había abierto la boca, pero no llegó a responder nada —¿Qué es lo que miras? ¿Cómo te has metido en mi casa?

—Yo... —Pero seguía sin encontrar las palabras adecuadas. Martín revisaba mi rostro en busca de algo que solo él sabía. ¿Yo? Su silencio dejaba en mi mente funestas ideas como ir a la cocina por un cuchillo y picarle el culo mientras salía corriendo.

—¿Tú qué?! —Lo agarré por la camiseta y lo empujé hacia la puerta. No era que yo tuviera mucha fuerza, más bien lo había pillado de improvisado.

—¿Qué haces? Si quieres que me vaya, después de lo que hemos hecho solo...

—¿De lo que hemos hecho? Sexo, ¡solo fue sexo! ¿Acaso no puedes superarlo como una persona normal? —lo acusé sin comprender cómo había ido a parar con semejante demente. Incluso me planteé una orden de alejamiento, estaba cruzando barreras muy peligrosas. Nunca se sabía lo que uno podía esperarse de personas obsesivas como él. Lo quería fuera.

—Fuiste tú quien me invitó —aseguró Martín. Sin comprender nada, me miraba como si un extraterrestre verde estuviera invitándolo a hacer una visita a su planeta.

Al ver que estaba más que decidida a largarlo estiró la mano y agarró lo que parecía su chaqueta. Después se miró los pies, supongo que comprobando que también se llevaba los zapatos que había traído. No quería ni pensar por qué tenía que comprobar que no le faltaba ninguna prenda de ropa. Ahora tenía algo más que hacer antes de dormir, ¡cambiar las sábanas de mi cama!

—No era una invitación de por vida. —Nos detuvimos y yo, aprovechando que uno de mis tacones estaba relativamente cerca, me hice con él. Lo mecí cual espada ante sus ojos—. ¿Te vas o te vas?

—No sabía que tuvieras tan mal despertar, tampoco que tuvieras personalidad múltiple.

—¿De qué me estás acusando? —pregunté al borde del derrame cerebral.

—No importa, también tengo cosas que hacer, sin embargo, después de todo lo que hemos compartido y lo que he descubierto de ti no voy a darme por vencido —aseguró él, con una sonrisa satisfecha y una mirada descarada que me recorrió de pies a cabeza.

Si en algún momento había creído que era medianamente atractivo todo desapareció. No podía sentir más repulsión, era un pegajoso peligroso y si volvía a cruzarse en mi camino no respondía de mis actos.

Cuando él se giró hacia la puerta y agarró el pomo no le di tiempo a abrir. Un empujón, con el que contaba sacarlo de allí y acabó con su nariz contra la falsa madera que recubría mi puerta de seguridad.

—¡Joder! Cuando decía que habías dejado huella en mí no me refería a que me rompieras el tabique nasal.

—Suerte has tenido que no te he hecho una vagina nueva entre los huevos —asegué yo.

Y al fin lo vi en el descansillo. Iba a replicar algo más, cerré sin darle la oportunidad.

Capítulo 11



Estaba atrapada en mi infierno personal. Sabía que ya lo había vivido, no necesitaba verlo de nuevo, no quería hacerlo, aunque era inevitable.

Como el preso que camina hacia su inevitable final, sabiendo que será doloroso, lacerante, tuve que dar los pasos finales.

Es lo malo de los sueños, cuanto menos quieres pensar en algo más lo haces. Despertar no era una opción, no lo conseguía por más que me gritaba al traidor de mi cerebro que abriera mis ojos, que me permitiera regresar a los brazos de Martín.

Él no me esperaba, yo quería darle una sorpresa. La llave en la puerta y camino despacio, en el fondo ya lo sabía, aunque lo negase.

—Hola... —Quería pedir explicaciones, sin embargo, nada de lo que pudiera decir cambiaría lo que había visto, lo que sabía que había estado ocurriendo hasta que yo llegué—. Recojo mis cosas y me voy. —Acepté sabiendo que no había nada que hablar, de nada servirían las acusaciones y, en el fondo, sentía que me había quitado un peso de encima. La confianza estaba rota, no era algo a lo que pudieras echar unas gotitas de pegamento y listo.

—¡No! —aulló él, saltando sobre la mujer, con su cosita meciéndose sin pudor alguno ante todo aquellos que quisieran mirar. Por primera vez, después de tanto tiempo, percibí cierto toque divertido en la situación.

Y fue como si el cristal por el que observaba la escena hubiera cambiado, ya no era yo la que tenía que avergonzarse.

Cuando él salió de encima de la joven comprendí que la amistad no significaba lo mismo para todo el mundo. Era la que decía ser mi mejor amiga la que trataba de cerrar las piernas, ocultando el rostro entre las sábanas arrugadas. La misma que había aguantado mis penas, que me había dicho que él me amaba y no debía preocuparme cuando las sospechas me ahogaban, era la que disfrutaba de sus caricias. Era ella, desaparecería de mi mente desde entonces.

Siempre temí quedarme sola, como si la soledad fuese el peor de los castigos. Me aferraba a mis “novios” buscando la estabilidad, el futuro, creyendo siempre que sería el definitivo. Al menos debía agradecerle algo, pues fue aquel golpe brutal el que me hizo despertar y comprender que, en ocasiones, es mejor estar solo, aprender a quererse, incluso tomarse el tiempo para aprender a conocernos a nosotros mismos.

—Solo tengo que recoger dos tonterías —comenté dirigiéndome al aseo—. No voy a molestaros mucho. —Las palabras tenían un regusto ácido.

Él agarró mi brazo y yo tiré con fuerza, la careta que mi entonces novio había mantenido durante los escasos meses que habíamos estado juntos terminó de caerse. En sus ojos negros

una furia oscura, su mano se crespo en mi piel haciéndome daño.

—Tenemos que hablar —susurró mientras tiraba de mí hacia el salón.

—No, no tenemos nada que decirnos. Lo hemos intentado, ella te comprende mucho mejor y no voy a interponerme.

—No te comportes como una niña, solo es un desahogo momentáneo. —Asentí dándole la razón sin permitir realmente que las palabras penetrasen mis oídos. Lo único que necesitaba era salir de allí, empezaba a costarme respirar. Una pesada red me envolvía y comprendí que era el mejor momento de rasgar las ligaduras.

—Tengo que irme —solté sintiendo que perder un par de jerséis, un cepillo de dientes y algún que otro libro no merecían la pena.

—No. Si lo haces te arrepentirás —Y, aunque hasta entonces de sus labios no habían salido más que hermosos halagos supe que no mentía. Algo oscuro, una culebra apestosa y pegajosa reptaba bajo su piel. Ese era él, no aquel al que creía conocer.

—¿Y qué se supone que harás? ¿Acaso crees que regresaría a tu lado después de verte fornicar con una cualquiera? No valéis nada y prefiero guardar silencio pues no tengo nada agradable que decir. —Con la mano izquierda lo empujé y logré verme libre—. A mí me han enseñado educación —concluí como toda una señora.

—Te destruiré. No podrás salir de casa sin pensar en mí, te acordarás de este momento el resto de tu vida —aseguró. Debí haberlo escuchado, haber tratado de negociar, todos tienen un precio.

No lo hice y no tardé mucho en sentir en mis propias carnes las consecuencias.

“Despierta. Ya ha pasado mucho tiempo, ya no te importa. Todo ha quedado atrás.” Me repetí, lo supliqué a mi inconsciente.

Pero volvía estar ante Noemí con el ordenador en medio. En la pantalla mi rostro, mi cuerpo desnudo, escenas íntimas que el cabrón había grabado sin mi permiso y difundido sin miedo a las posibles consecuencias.

Noemí guardaba silencio, yo lloraba incapaz de disculparme. ¿Cómo explicarle que ni siquiera sabía que existían? ¿Cómo contarle que si me hubiera quedado con Roberto...? Solo lloraba, en un intento de que aquellas gotitas saladas borrasen el asco que las diapositivas causaban en mi piel.

Me sentía violada, me recliné en mí misma. De poco sirvió que Noemí fingiera que no importaba, con una sonrisa disfrazó la furia y me aseguró que saldríamos juntas de aquella mierda. Éramos una, me dijo y jamás me lo echó en cara, pero la culpa era un demonio que acudía a mí sin remedio.

Lo denunciemos y tuvo que pagar. No era suficiente pues lo que para él fue una cantidad que restarían de su cuenta bancaria para mí era no poder salir de casa, no poder confiar. Cuando alguien en la calle posaba sus ojos en mí, cuando en el supermercado trataban de entablar conversación... en mi mente solo había un motivo, las imágenes.

Y en aquella pesadilla lo viví de nuevo, con la misma intensidad, quedándome sin aire ni futuro. Tantos planes en el horizonte que se difuminaron hasta que incluso comer era algo secundario.

“Déjame despertar” lloriqueé de nuevo. Yo ya no era ella, la estúpida que, sin saber que la cámara estaba ahí, en ocasiones posaba sus ojos demasiado cerca, como si la mirase, ya no existía. Yo ya no era ella.

Capítulo 12



Los gritos me hicieron regresar a la realidad, mi cama deshecha, pero vacía. Lo busqué y en las sábanas solo quedaba su olor, fue suficiente para que una sonrisa se instalase en mi rostro.

Tardé en espabilarme y coger las zapatillas, os preguntaréis por qué, teniendo en cuenta los aullidos que llegaban hasta mí, no me daba más prisa. Si vivierais con la loca Noemí aprenderíais a hacer oídos sordos, con ella siempre había algún espectáculo y, aunque divertidos al principio, no eran la novedad.

Me peiné con los dedos ante el espejo y disfruté del color en mis mejillas. Todavía sentía la sensación fangosa en la piel, incentivando mis ganas de ducharme, pero la pesadilla se disolvería enseguida y la realidad podía ser agradable. Era algo que debía recordar.

Con un sugerente conjunto negro de lencería y unas pantuflas rosas no tan sexys salí de mis dominios. ¿Por qué no me cubría? Seguía manteniendo la esperanza de cruzarme con mi conquista y quería ver de nuevo, en sus ojos verdes, el brillo del deseo.

Noemí gruñía, caminando por el pasillo, mientras meneaba uno de sus zapatos de tacón.

—¿Ya has perdido la poca cordura que te quedaba? —pregunté a modo de saludo.

Me miró, siguió caminando como si nada. Volvió a mirarme a los dos segundos y se detuvo, percibiendo en aquel instante realmente mi presencia.

—¿Te he despertado?

—Sí, y te lo agradezco —susurré girando hacia la cocina. Ella me seguía.

—¿De nuevo las pesadillas? —La preocupación hizo que Noemí olvidase momentáneamente aquello que la había sacado de sus casillas.

—Sí y no. No sabría explicártelo —comenté poniendo la cafetera a funcionar y disfrutando del aroma que solo el café dejaba en el ambiente. Hasta que un café rozaba mis papilas gustativas el día no comenzaba, era el pistoletazo de salida—. ¿Y a ti que te ha pasado? ¿Al fin te han rechazado? —Ella lanzó el zapato al suelo con saña y dio dos saltos con fuerza. Era una de las actrices más dramáticas que conocía—. ¿Y bien?

—Me he enfrentado al mal —soltó entonces tratando de quitarme la humeante tacita de los dedos. Yo la esquivé como toda una profesional, la pobre no escarmentaba.

—A la ducha no ha sido. Parece que alguien te ha lanzado maquillaje a la cara. Además, sin puntería alguna. ¡Un mapache! Eso es lo que pareces. —Ella miró su reflejo en la tostadora. Coqueta hasta el final.

—¡Te he salvado la vida! —aulló entonces. Se acercó y revisó mi cuerpo, quizás esperase alguna herida escondida de la que yo no me hubiera dado cuenta. Cuando se encontraba en aquel estado ebria-dormida se podía esperar cualquier cosa de ella—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Por qué vas vestida tan...? Estás follable. —Creo que lo último no iba para mí, era más un pensamiento interno que se le había escapado.

—Porque normalmente no lo estoy...

—No, pareces un peluche achuchable, pero para follar hace falta chicha. ¿Hay algo que quieras contarme? —Y con su cuerpo me golpeó cual jugador de rugby, en su rostro una sonrisa. Casi nos hace caer a ambas y lo peor es que, ¡casi me tira el café! Si una sola gota de aquel fluido negro hubiera tocado el suelo se lo haría recoger con la lengua.

—Quieta. ¡Quieta o me obligarás a meterte en la bañera y darte una ducha de agua fría para que espabiles! —He de hacer un inciso y es que... no sería la primera vez y, además, entre sus gritos histéricos la diversión estaba asegurada—. ¿Por qué estabas haciendo guardia en la puerta? —pregunté para cambiar de tema.

—Un tío que me tiré el otro día. No hace más que perseguirme y se había colado en casa. —El frío me heló la sangre.

—¿Qué dices? ¿Había alguien en casa? —Con solo imaginarme lo que podría haberme hecho... Ahora ni en el que consideraba mi hogar podía sentirme segura, ¡era lo que me faltaba! —¿A qué clase de chalados traes a casa?

—¿Ahora la culpa es mía?

—O de tu clítoris, depende de quien tuviera la batuta aquella noche. Te dije que no podías seguir así —suspí agotada mentalmente, deseando contarle mis noticias. Nadie me jodería aquel día—. Cambiaremos la cerradura y tendremos más cuidado. Si con un tacón has conseguido largarlo no debe ser tan peligroso.

—Hombre... peligroso no parece. Me recuerda más a un perrito abandonado que acaricias y te sigue de por vida. —Se dejó caer sobre uno de los taburetes que había alrededor de la isla y apoyó la cabeza sobre ella. Babearía en pocos minutos—. Es extraño, jamás creí que pudiera envidiarte.

—¿A mí? Gracias, supongo. —Me acerqué y pasé la mano derecha por su espalda en un intento de reconfortarla. Algo le ocurría y de verdad que quería estar a su vera, apoyarla, pero por primera vez yo también tenía algo que contar. Me callé, a veces es el mejor regalo.

—Siento un gran vacío en mi interior. No me privo de nada, tengo todo aquello que deseo al momento y nada es suficiente. El anhelo se transforma en hastío e incluso asco. —Tomó aire y me miró de reojo. Había una tristeza anestesiada, una búsqueda eterna que quizás todos hacemos de diferente manera, ella quería correr y no encontraba la salida. Daba círculos sin avanzar en absoluto.

—No estás sola.

—Lo sé, —Entonces se incorporó y nos abrazamos. A veces no se trata del tamaño de un cuerpo, ella se encogió y era yo el gran tótem bajo en que se guarecía—. estoy hueca por dentro.

—¿Hueca? ¿Cómo puedes pensar eso? Has estado ahí cuando mi mundo se caía a pedazos, cuando era incapaz de levantarme de la cama ante la vergüenza de ser reconocida. —Besé su mejilla como cuando nuestra madre lo hacía. Un gesto sencillo que dejaba en nosotras una sensación plácida—. No me dejaste caer y yo tampoco permitiré que te engulla la oscuridad. Nadie podrá con nosotras, jamás estaremos solas porque contamos con la otra.

—Hoy te veo muy animada —observó entonces. Nunca le gustaron las situaciones intensas y rebajar el tono era algo que se le daba muy bien.

—Puede.

—¿Tienes algo que contarme? —preguntó sorbiéndose el miedo que seguramente llevaba

mucho tiempo ocultando.

—Me traje a casa al chico del que te hablé. Fue muy bonito.

—No te encoñes por un polvo. —Con sus brazos rodeó mi cintura. Su cabeza contra mi barriga descansando las ideas que habían sido espoleadas por el alcohol y, posteriormente, por la adrenalina—. O tal vez es lo mejor que pueda suceder. Siempre te han brillado los ojos cuando te has enamorado.

—¿Enamorarme? Nunca lo estuve. Soñar se me da bien, poco más.

Entonces el cansancio la venció. Prácticamente tuve que tirarle de las orejas para conseguir ponerla en pie. La guiaba como a un niño, la metí en la bañera y después en cama. Ella estaba ahí sin estar, ausente. Extrañé su contagiosa alegría, ahora me tocaba a mí.

Solo cuando colocaba las sábanas sobre sus pechos y la acomodaba cómodamente ella volvió a centrar sus pupilas en mí. Sabía que algo la estaba atormentando.

—Yo también he conocido a alguien.

—Eso no es una novedad —respondí sentándome suavemente a su vera y acariciando su pelo. ¿Cómo podía odiar tanto el reflejo que me devolvía el espejo cuando ella me parecía preciosa? Éramos iguales, eso decían todos, sin embargo, Noemí poseía un aura, una belleza mágica.

—Lo odio. Es cabezota, testarudo, arrogante e insoportable —aseguró.

—Me recuerda a alguien.

—Eso no es justo.

—¿No? ¿Recuerdas cuando la vieja bruja que nos atormentaba vino a acusarse a mamá de que le habíamos robado unas manzanas? —inquirí comprendiendo como en ocasiones los malos momentos podían transformarse, con el paso del tiempo, en recuerdos increíbles —Mamá amenazó con cortarnos el pelo como un niño para que aprendiéramos que no se podía coger lo que no era nuestro.

—Mamá sabía dar donde dolía. —Pero la amábamos y su pérdida seguía pesando sobre nuestras cabezas. Era un dolor que se había difuminado sin llegar a desaparecer. Las lágrimas las sustituimos por hermosas palabras recordándola, por relatos cortos en los que la mencionábamos y manteníamos vivas. Ella era valiente, ella se vio sola con dos niñas y no dejó de luchar. Jamás lo hizo, prefería las miradas despectivas de sus convecinos que, sin ver sus propios defectos, no dudaban en acusarla con el dedo como si decidir vivir su vida sin un hombre a su lado fuera el peor de los pecados. Las personas jamás cambiarían.

—Tú te negaste a aceptar una culpa que no te pertenecía. No importaba cuánto pidiera mamá que dijeras la verdad, incluso si al hacerlo, eso significaba que no habría castigo, para ti solo existía una posibilidad.

—Demostrar que la vieja bruja mentía —exclamó alzando la mano tipo como si fuera a transformarse en una de las heroínas que tanto nos gustaban. Nunca se deja de ser niña del todo.

—La idea está muy bien, pero ¿recuerdas todo lo que tuvimos que hacer por tu estúpida ocurrencia? Jamás en toda mi vida he tenido que trabajar tanto como entonces. —Ella se giró, metió las manos bajo la almohada y esperó a que yo misma le relatase lo que ambas recordábamos. Estaba esperando su cuento para dormir, su momento bonito que habría de transportarla a unos años que creímos injustos al no saber que lo que nosotras deseábamos conseguir no eran más que tonterías.

—Cuéntame —pidió.

Y entonces me vi transportada a noches que se nos antojaban eternas como si la mañana no fuera a llegar nunca. Momentos intentos y problemas extremadamente complejos.

Aquella fue la primera, y única, vez en la que nos escapamos de la seguridad de nuestra casa.

No pensamos en los peligros que se escondían en las sombras de la noche ni en que nuestra madre habría de perder los nervios al descubrir nuestra desaparición. Solo una hora para aquella mujer que nos dio la vida fue una eternidad, aunque al menos habíamos conseguido nuestro cometido.

—“*Mamá estaba dormida. El reloj de la cocina acababa de marcar las once de la noche. Vestidas bajo las mantas apenas podíamos soportar las ansias por comenzar nuestra aventura, sabiendo que traería consecuencias, no era en eso en lo que pensábamos entonces.*” — Comencé mi relato. Si hubiera podido avisar a las tontas que una vez fuimos le habría pedido que no lo hiciera, no porque hubiera salido mal sino porque me habría gustado poder evitar el rostro de preocupación con el que nuestra madre nos recibió.

La luna había desaparecido. Siempre recordaré cada detalle de una fecha que no habría de diferenciarse a un día cualquiera.

La lluvia fina caía sin fuerza desde las nubes, impregnándolo todo de un aura melancólica. Lo cierto era que siempre vimos la casa de aquella anciana como el reino de una bruja, alguien capaz de levantar a los muertos de sus tumbas y de cuyos pies nunca se alejaba un precioso gato naranja.

¿Por qué me había anotado a la aventura? En parte por Noemí, pero también se debía a que esperaba encontrar auténtica magia tras las paredes que la ocultaban. Allí puede que hallase uno de esos libros que guardaban los secretos de la inmortalidad o la capacidad de volar. Quería ver un mundo diferente, el que solo existe en la imaginación de quien aún puede soñar.

Es cierto que a los once años ya sabía perfectamente que papa Noel no existía o el ratoncito Pérez no llegaría jamás, habían destruido mi reino mágico y me dijeron que no había a mi alrededor nada más que lo que podía ver o palpar. Seguía negándome a aceptarlo.

Mientras caminaba hacia la puerta de aquella anciana sentía el vello de mis brazos erizarse, mis piernas se mecían ante un temor que negaría ante todos los que me preguntasen al respeto.

Dos chiquillas escuálidas y traviesas saltaron la valla. Pisoteamos varias plantas de las que ni siquiera nos percatamos y nos colamos por una ventana que había entreabierto.

Nuestros rostros ocultos bajo una gruesa capa de barro que creímos que serviría para escondernos. Auñamos y arañamos las paredes a medida que nos aproximábamos a su lecho. Alguna risa nerviosa se nos escapaba cada dos o tres pasos, quizás fue eso lo que nos delataría, pero no por el momento.

—“*¿Quién anda ahí?*” —*Su voz rasposa, síntoma de fumar demasiado durante más de dos décadas, nos hizo estremecer.*

—“*Venimos a descubrir tus pecados*” —*gimió Noemí arrastrando los pies por el suelo de madera vieja que hacía mucho tiempo que no había sido limpiado.*

Alcanzamos a la que habíamos convertido en nuestra presa, al contrario de lo que esperábamos era ella la que aguardaba nuestra llegada sentada en la mecedora mientras acariciaba a su gato. Sus ojos casi blancos, fruto de las cataratas, nos atravesaban como su pudiera leer nuestras almas, convirtiéndola en el ser más aterrador de aquella estancia.

Siempre creímos que nos odiaba, ahora puedo comprenderla mucho mejor.

La soledad nos puede llevar a convertirnos en personas hurañas, incapaces de relacionarse con los que nos rodean.

—“*No deberíais estar aquí*” —*gruñó la mujer reconociéndonos.*

—“*Ni usted mentir. ¿Jamás le dijeron que eso no se hace?*” —*la acusó Noemí directamente, olvidándose de paso de ocultar su verdadero tono de su voz.*

—“*Pequeñas tramposas. No tiendo a errar.*” —*Entonces comprendimos nuestro fallo*

garrafal.

Quisimos salir corriendo, más temíamos las consecuencias. Estábamos clavadas ante su mecedora, con el sonido rítmico del vaivén acelerando nuestros corazones.

Y allí el tiempo no pasaba, en las paredes imágenes antiguas hablaban de que hubo un tiempo en el que el sol brillaba en el corazón de la anciana.

—“¿Vais a quedaros ahí toda la noche sin soltar palabra?” —preguntó la vieja bruja deteniéndose y poniéndose en pie. *Casi podía sentirse el sonido de sus huesos crujiendo, cada movimiento lo hacía parecer toda una proeza. El gato corrió lejos.*

—“Nuestra madre va a castigarnos por algo que no hemos hecho” - aseguró Noemí, que no cedía en su empeño. *Yo empezaba a perder la valentía, casi podía sentirla escurrirse por mi piel con cada una de aquellas perlas de sudor que inevitablemente humedecían mi cuerpo.*

—“¿No os coláis en mi jardín? ¿No tomáis lo que queréis sin atreveros a preguntar? Al menos ahora puedo hablar con las culpables.”

—“Jamás hemos robado nada” - aseguró tozudamente Noemí.

—“Lamentamos haberla molestado” - susurré yo al tiempo que tiraba del brazo de mi gemela queriendo volver a nuestras camas y fingir que nada de aquello había sucedido. *No haríamos más que incrementar nuestro castigo para nada, empezaba a ver que quizás no éramos inocentes del todo.*

—“No me malinterpretéis pequeñas, no me molestan las visitas, pero agradezco que cuiden lo que con tanto mimo he plantado. Cada uno de esos árboles es importante para mí y saber que os subís a sus ramas sin respeto ni temor no es algo que me agrada.” —Hablaban de aquellos frutales como si tuvieran sentimientos, como si de personas amadas se tratase. *Eran los recuerdos compartidos con otros que ya no estaban lo que los convertía en especiales. Tardé años en comprenderla, años en los que pasó de ser la bruja que veía en aquel entonces a una mujer triste, cansada y sola, que tenía mucho que contar.*

—“Si no le dice la verdad a nuestra madre cortaremos cada uno de ellos” - dijo Noemí de manera bastante cruel.

—“¿Tan mal corazón tienes?” - La luna salía y se escabullía entre las nubes. *Un juego en el que no había reparado hasta que, para evitar la mirada de la anciana, mis ojos se centraron en lo que sucedía al otro lado del cristal de la ventana.*

—“Noemí, por favor” - supliqué.

—“¡Ella ha mentado!” - aulló Noemí sin escuchar nada más. - “¡Es mala! Mamá está muy enfadada y ella se ha inventado que...”

—“¿Cuántas veces os habéis colado en mi terreno? Salisteis impunes en demasiadas ocasiones” - *Sus huesos crujieron de nuevo cuando se acercó a un viejo escritorio que había contra la pared. Era fino, de madera oscura y con una estantería pendiendo sobre él. Abrió uno de aquellos diminutos cajones y extrajo una hoja - “Creo que deberíamos regresar a vuestra casa antes de que a vuestra madre le dé un ataque. Quizás deberíais pensar un poco más en vuestros actos antes de embarcaros en una de vuestras travesuras.” - Hablaban con una serenidad y cordura que me hizo percatarme de que la apariencia causaba una impresión errónea.*

—“Mamá dormía” - comenté yo casi sin voz, en un susurro que creí que se había perdido en la habitación, pues tardaron más de un minuto en hablar de nuevo.

—“Una madre siempre se despierta. Sabe cuándo algo va mal, lo siente en el corazón y puedo aseguraros que ella no podrá descansar hasta que regreséis.” - Se tocó el pecho, allí donde albergaba un órgano tan importante. *La tristeza paseó bajo aquellas inmensas y*

profundas arrugas que convertían su rostro en un pergamino antiguo. Quise ver que había debajo, qué era lo que escondía y creí descubrir una belleza que me sorprendió. Quizás algún día yo también sería así.

—“*Vámonos*” - *pedí de nuevo arrastrando a Noemí, pero ella tenía algo más que comentar.*

—“*¿Por qué lo ha hecho?*” - *La curiosidad era uno de los rasgos predominantes de Noemí, sin embargo, en sus ojos castaños había algo más. ¿Preocupación? ¿Se había percatado de algo que yo ignoraba? Era como si ya hubiera hecho la pregunta esperando una respuesta en concreto.*

—“*¿Tiene que haber un motivo? No deberíais pasar por aquí.*” - *La vieja Carmen esquivó la pregunta.*

—“*¿Esconde algo?*” - *Noemí volvió al ataque.*

—“*Tienes una lengua muy larga muchacha. Deberías aprender que hay demasiadas cosas que es mejor no preguntar. El silencio cura y a mí no me gusta tener que soportar los trinos de dos niñas que saben estar cometiendo una travesura y se creen a salvo de ser descubiertas*” - *La anciana no nos veía, nos percibía de alguna otra manera, pues caminó hacia nosotras con determinación.*

Todo en Carmen estaba arrugado, desde los dedos hasta los labios. Ella se mantenía en pie a duras penas, sus manos buscaban dónde apoyarse cada dos pasos, el cansancio la vencía aun cuando el esfuerzo no era algo que debiera causar tal estrago en su persona.

Pareciera que Carmen iba a pasar por nuestro lado. No sé Noemí, no obstante, yo incluso contuve el aliento en un intento de pasar inadvertida. No funcionó.

Cuando ya creíamos que pasaría de largo se detuvo. Estiró la mano y rozó los cabellos de Noemí. El grito rasgó la noche al igual que un cuchillo afilado se clavaría en la mantequilla.

—“*¡No me toques!*” - *gritó Noemí, presa del pánico. ¿Qué creíamos que nos haría? De todo. Por nuestras jóvenes mentes desfilaba el temor de desaparecer de la tierra sin dejar rastro, su sonrisa fue la señal que encendió todas las alarmas.*

—“*Debemos irnos. No regreséis o tendré que hacer uso de mis malas artes. ¿Acaso no conocéis lo que se rumorea?*” - *Ante las insinuaciones de una mujer que había vivido tanto y sabía usar las palabras a su favor apenas conseguía mantenerme en pie.*

—“*No volveremos a molestarla*” - *aseguré, aunque no podía hablar por las dos.*

La iglesia del pueblo no estaba muy lejos. Era el centro de reuniones de la zona, a donde acudían las personas cuando algo las preocupaba o precisaban ayuda. ¿Por qué pensé en aquella construcción de piedra en aquel momento? Porque cuando esperaba verla transformarse en un monstruo de largos colmillos que se lanzara a por nuestra sangre las campanas tañeron con fuerza, envolviendo el pueblo, formado por dos docenas de casas.

Grité, Noemí gritó, la anciana rio con fuerza. Hacía mucho tiempo que no lo hacía, pude verlo en la sorpresa que la embargó.

Carmen no sabía fingir, llevaba demasiados años sin tener que hacerlo para que ahora le saliera de manera natural. Sus carcajadas salían con ímpetu, sorprendiendo que en un cuerpo tan pequeño y esculido pudiera haber tanta intensidad.

—“*Creo que es por vosotras. Os llaman...*” - *La vieja dejó la última palabra en el aire, enrareciendo nuestro alrededor. Entonces sus dedos aferraron el fino brazo de Noemí y tiraron con suavidad. - “Os llevaré a aquellos que os buscan para que puedan...”*

—“*No, por favor*” - *Pedimos entonces ambas. Pocas veces nos habíamos puesto de acuerdo tan rápido.*

Carmen se giró y recogió una fina chaqueta negra de punto que se echó sobre los hombros.

No tenía prisa, se movía como si entre el dolor que le causaba sintiera cierto placer, probablemente causado por la situación.

Nosotras nos habíamos convertido en estatuas de piedra.

—“¡Bu!” —Nos habían devuelto con la misma moneda nuestra pequeña jugarreta. Saltamos, gritamos como locas y... ¿Alguna vez habéis visto a los animales correr asustados, sin mirar por dónde andan, chocándose entre ellos? Esas éramos nosotras—. “¿Nos vamos?” —preguntó entonces como si nada.

Si nosotras íbamos al encuentro de la anciana creyendo que seríamos quiénes tendríamos el control al poder verla y ella tener dicha facultad velada, tras aquella fina pátina blanca, la subestimamos.

Como dos tontas inconscientes caminamos hacia nuestra madre. Ella nos esperaba rodeada de gente, que se preparaba para buscar por los bosques. Jamás olvidaré la forma en la que mamá nos miró, el reproche, la pena, el miedo más angustiante.

Creí que nos llevaría a casa de las orejas, colgando por ellas. En cambio, recibimos su silencio, su indiferencia.

Ese fue un golpe que nos dejó desoladas, temblando al ver cómo hablaba con la vieja Carmen. ¿Lo extraño? Entre las acusaciones veladas que ocultaba la narración de la vieja bruja se notaba una hilaridad que antes no estaba ahí, incluso entre aquellos labios transformados por el paso de las décadas se escapaban las sonrisas.

Aquel verano fue largo y corto al mismo tiempo.

Podar, cavar la tierra, limpiar la casa. ¿No habíamos querido visitar a la pobre señora? ¿Nunca oísteis que quien no quiere una taza de caldo tiene dos? Eso nos sucedió.

Todas las tardes, cuando el reloj daba las cinco y el sol ya no parecía ser tan peligroso, nos encaminábamos a realizar nuestro castigo.

Los días terminaron en semanas. Nos convertimos en compañeras y, tras preguntas que formulábamos sin maldad y demasiada curiosidad, descubrimos una historia apasionante de alguien que no se conformó con su época. Una mujer entrañable que llegamos a querer como a nuestra propia abuela, alguien que, sin saber cómo, terminó comiendo en nuestra mesa y compartiendo nuestros festejos.

La vida da muchas vueltas. Un castigo, un error, un mal momento puede llevarnos a hallar personas que nos marcan.

Noemí ya estaba dormida, perdida en un lugar hermoso, al menos eso indicaba la paz de su rostro. Yo sentía la pérdida de aquella mujer que, tras sufrir lo insufrible, tuvo la valentía de enfrentarse a un mundo injusto y duro sin nada más que un vestido.

Yo quería ser como ella, dura como la piedra, pero si llegabas a su corazón, si ella consideraba que merecías la pena, descubrías un universo lleno de colores a su lado. Ella era compleja, extraña, cariñosa y testaruda.

—Quizás algún día pueda llegar a cambiar la vida de alguien —susurré al aire—. Mamá, espero que estés orgullosa de las personas en las que nos hemos convertido.

Capítulo 13



Antes de que aquellas imágenes asquerosas, en las que mi rostro podía ser reconocido con facilidad, salieran a la luz a mí me encantaba correr. Salía temprano, cuando el sol aún no había terminado de despertarse, y dejaba que mis músculos fueran volviendo a la vida despacio. Cada zancada era una victoria, cada día iba un poco más lejos y la soledad que me aportaba aquellas horas me permitía pensar con mucha más claridad que en cualquier otro lugar.

Muchas mujeres corrían por su físico, buscaban encontrar la talla perfecta. Yo corría por escapar de quien era y fundirme con lo que me rodeaba. Adoraba el camino que recorría el curso del río, el frescor, su sonido. Después de tanto tiempo me puse el chándal, mis adoradas deportivas de running rosas fosforito y abandoné mi refugio.

No sabía que lo extrañase tanto, fue como perder mucho más que la energía. Me dejé llevar y acabé ante mi cafetería favorita, hambrienta, deseosa de volver a hacer muchas de aquellas actividades que había abandonado por miedo.

Pedí un café solo. Dos cucharas de azúcar. La camarera apenas me miró, no era muy agradable, iba a largarme cuando vi una espalda que me resultó conocida.

¿Cómo podía encontrármelo hasta en la sopa? No había pensado en él en todo el día, tampoco podía irme sin saludarlo al menos. ¿Cómo saludas a alguien que ha visitado tu entrepierna, pero al cual apenas conoces? Además, ¿cómo explicarle de manera coherente que fuéramos a coincidir de nuevo en una ciudad enorme?

Miré el vaso, lo miré a él. ¿Mi primer error? No había probado el café. ¿Por qué ha de importar eso? Lo comprenderéis enseguida.

Estaba concentrado en un libro, sí, era de esa extraña especie en peligro de extinción que aún disfrutaba de perderse en una historia que extraía de cientos de páginas de papel. Un punto a su favor.

No se me ocurría otra forma de fingir un encuentro casual. Como mucho lo mancharía...

Choqué con él, giré el vaso y parte, bueno, la mayor parte del contenido de aquel vaso de papel cayó sobre su espalda.

Esperaba manchar su camiseta y reírnos juntos. Su grito no era el mejor de los indicativos. Pasó de estar tranquilo a dar saltos y mover la tela, que hasta entonces había formado una bonita camiseta, como si quisiera despegarla de su piel.

—¡Quema! ¡Me has escaldado vivo! —rugió, yo me encogí sobre mí misma.

—Lo siento... —susurré, aunque...

—¡Joder! ¡Cómo quema! —No me había escuchado. Estaba tan centrado en el líquido que había lanzado sobre él que no me había visto y, si lo hizo, no me reconoció.

Esperé pacientemente a que la sangre le regresase al cerebro para algo más que cagarse en la mujer que lo había escaldado como si lo que buscase fuera desplumarlo.

—¿Te encuentras mejor? —Me senté ante él como si fuera lo más normal. Me olvidé de que estaba sudada, despeinada, en chándal. Cuando crucé las piernas me sentía sensual, tal cual la escena más picante de seducción de la mejor película sexual que podáis imaginar—. Lamento lo ocurrido. Estoy agotada y me he tropezado —mentí descaradamente.

—¿Tú? —Se quedó petrificado y se sentó. Tal pareciera que lo había hipnotizado—. No creí que quisieras verme, al menos no tan pronto.

—¿Por qué habría de evitarte? —Dejé el vaso vacío sobre la mesita, extrañando el no haberle dado ni un sorbo. Miré a mi alrededor en busca de otra camarera.

—Creí que después de lo que ocurrió ayer por la mañana...

—No soy rencorosa porque te largases sin despedirme. Creo que ambos somos adultos para...

—¿Largarme sin despedirme? —Su desconcierto me hizo fijar la vista en su rostro. Sus gestos, sus ojos verdes revisándome como si lo que había dicho fuera lo más extraño del mundo. ¿Acaso no hablábamos el mismo idioma? —Fuiste tú la que...

—¿Hice algo que no te gustase? —Al tiempo que hablaba, con un tono sugerente, alcé la ceja para enfatizar el doble sentido que quería darle—. ¿O fue demasiado para ti? No es que quiera repetir, simplemente soy educada.

—Comprendo. ¿Conocidos entonces? —Su mirada no podría ser más oscura, veía mucho bajo aquellos colores que se mezclaban en un verde hermoso. Se relamió, ciertamente era una estampa graciosa.

¿Alguna vez os habéis imaginado a vuestro hombre ideal? Seguro que a vuestra mente acuden los rostros de muchos actores. ¿Por qué actores? Porque a quien de verdad deseáis son a los personajes que en algún momento interpretaron y que llegó a cautivaros de tal manera que incluso creéis que el actor dejó parte de su esencia en dicho papel. Son mentiras que nos contamos, aun sabiendo que no es más que un engaño que, si investigamos un poco, podríamos desmontar con facilidad.

Su camiseta pasó de gris a un tono caca que se fundía y llegaba a su piel, marcando músculos que había tocado, pero no tuve ocasión de observar con calma. ¿No tenía derecho? No contuve el curso de mi mente, mis pupilas se deslizaron sin compasión por cada rincón. Él esperó pacientemente, aunque su sonrisa se ensanchaba por momentos. Era algo que me parecía percibir por el rabillo del ojo y pude comprobar poco después.

—¿Algo interesante? —Su “enfado” se había evaporado, con descaro él también me observaba.

—No, creí que con luz serías más guapo. El alcohol es lo que tiene —solté con descaro—. Además, me debes un café.

—¿Yo?

—Sí, creo que te gusta tirarte todo lo que es mío. —Me encogí de hombros—. Mejor te dejo, estarás ocupado y necesito darme una buena ducha para quitarme todo el sudor —comenté mientras pasaba mi mano por el escote y me estiraba.

—Creo que ambos nos encontramos en la misma situación. —Atrapó mi meñique, el de la mano izquierda que jugueteaba con el vaso vacío sobre la mesa, y tiró de él. Es extraño como un contacto como aquel, sin ningún tipo de connotación sexual, provocaba en mí el mismo efecto que un beso. Era su piel, su mano, no tenía derechos sobre su cuerpo, puede que nunca los tuviera y, sin embargo, estaba convencida de que si se lo pedía me acompañaría a donde quisiera. Lo sentía en cada poro de mi cuerpo, en su expresión, en su sonrisa, en la forma en la que entreabría los

labios sintiendo el mismo acaloramiento que habitaba en mí—. Deberíamos hacernos compañía.

En aquel momento la camarera se acercó. Era guapa y sabía sacarse partido. Sus pechos se encontraban tan apretados en aquel corsé negro que podrían fugarse de su jaula en cualquier momento. De la minifalda ya ni hablamos.

La había llamado yo, pero solo lo veía a él y por lo que parecía se conocían.

—¿Quieres algo más? —La voz de aquella gata en celo era más un ronroneo, con un claro doble sentido, que otra cosa. Me dio la espalda directamente y, cuando se inclinó, acabé con su culo respingón ante los ojos. Puede que eso me molestara un poco... —Siempre puedo traerte algo dulce...

Tosí, carraspeé más bien, en un fútil intento de llamar la atención, no funcionó, al menos ella no se movió ni un ápice. ¡Desvergonzada!

—No podría comer más, muchas gracias Dana, pero es mi... —Ahí dudó, ¡qué mono! —amiga la que quiere otro café. Hemos tenido un pequeño accidente. —Ni siquiera así se giró la “señorita”.

—¡Oh, sí! Ya he visto. Pobrecito. —Cogió varias servilletas y, como si fuera a servir de algo más que no fuera toquetearlo un poco, se las pasó por la camiseta y, de paso, por el pecho. Me estaba poniendo mala, no sabía yo que fuera tan posesiva, tampoco que algún día fuera a apeterme arrancarle los pelos oxigenados a nadie—. Si necesitas cambiarte puedo mostrarte dónde tenemos las taquillas. —¡Eso sí que no!

—Si queréis me largo —bramé levantándome de golpe—. No voy a quedarme perdiendo el tiempo y ya tengo ganas de quitarme el chándal. —Pasé de largo a la recauchutada y rocé el cuello de Martín antes de alejarme.

¿Algo que puedo reconocerle? Era rápido.

Atrapó mi muñeca y tiró. Acabé sobre sus rodillas mientras los ojos azules de la camarera se abrían de sorpresa. Ahí sí que retrocedió un poco, lo justo, no se rendía todavía.

—Hueles muy bien —susurró contra mi oreja tras zambullir su nariz en mi cuello. Sus manos acariciaban sin llegar a partes peligrosas, pero acercándose demasiado. Sentí su excitación contra mis nalgas, su pecho pegado a mi espalda—. Y estás celosa. Me confundes, me confundes mucho.

—No... —Estaba perdiendo el control, podrían vernos, es más, la camarera estaba en primera fila. Mis mejillas se tiñeron con rapidez, mezcla de vergüenza y deseo. Lo deseaba más incluso que la primera vez que lo tuve. Recordaba lo que era sentirme entre sus brazos, ser poseída sin control para caer devastada tras el orgasmo. Lo recordaba y eso se mezclaba con los escalofríos que ya de por sí provocaba en mí—. pueden vernos. —No podía haberlo, traté de levantarme.

—No haré nada. En menos de dos minutos vamos a ponernos decentes —aseguró él. Sus manos se detuvieron, no se alejaron—. Dana, mejor dime lo que te debo.

—Yo... vengo ahora. —Prácticamente corrió hacia la barra. Me gustó ver a la tal Dana desaparecer, pero no podía dejar de mirar a nuestro alrededor esperando las miradas, las acusaciones oscuras en los ojos de cuantos nos rodeaban. De nuevo aquella sensación de ser observada, perseguida. No podía, empezaba a costarme respirar.

—Tengo que levantarme. —No era que tuviera que hacerlo, lo necesitaba.

—Esperemos a que regrese y nos vamos. ¿No era eso lo que buscabas? Marcar territorio —aseguró él, orgulloso.

—Tengo que levantarme. —Pero no me escuchaba y yo podía oír los latidos, cada vez más rápidos, de mi corazón. Iba a salirse por la boca, necesitaba aire fresco.

Tiré con fuerza, me envolvía. Era testarudo. El deseo se transformó en una cuerda que se enrollaba cual culebra alrededor de mi piel. Me oprimía, se encogía, apretando cada vez un poco

más.

Me vi desesperada.

Me revolví, él creyó ingenuamente que buscaba calentarle el salchichón. ¿Conclusión?

En medio de mi necesidad de huida, de aire fresco, de encontrarme lejos de aquellas cuatro paredes dejé que mis instintos actuaran. Mi nuca golpeó su mentón, eso de por sí solo habría sido suficiente, sin embargo, yo ya no veía, no escuché su grito ni sentí cómo sus manos se alejaron de mí para ir a la herida. Puede que también le hubiese abierto la boca, que sangró un poquito.

Como decía me cegué y arremetí por segunda vez. En esta ocasión pisé su pie izquierdo con fuerza, sus dedos debieron sufrir porque me vi lanzada lejos ante su salto.

Entonces caminé hacia la puerta, la entorné con dedos temblorosos y abrí la boca. Tardé unos minutos en sentir el aire frío llenarme, en recuperar la cordura.

Estaba hallando la serenidad que necesitaba, la misma que me hacía avergonzarme por lo ocurrido y me gritaba que regresase a mi piso corriendo antes de que...

—Estás loca —dijo Martín junto a mi lóbulo—. Empiezo a pensar que es peligroso estar cerca de ti.

—Entonces aléjate —repliqué testaruda. Que corriera lejos, que me dejase en paz. La culpa era toda suya y si querían ahondar en los motivos que me había llevado a reaccionar de aquella manera no estaba por la labor.

Quiso girarme, me mantuve firme mirando la calle, observando a tantas personas caminar de manera nerviosa, temiendo que pronto se decretase el estado de Alarma como venían anunciando en las noticias. Se empezaba a susurrar que se habían confirmado los primeros casos en España, aunque muchos acudirían a la manifestación que tendría lugar al día siguiente.

¿Qué pensarían las personas que me cruzaba? ¿Qué verían en mí?

—Siempre me ha gustado el riesgo, —Se pasó la lengua por la herida de su boca. Lo vi en el reflejo de un cristal, un gesto que no debería gustarme, pero me recordaba a un lobo antes de devorar a su presa—. al menos sé que contigo no me aburriré.

—Tengo que irme —aseguré, esta vez él no trató de impedírmelo, al menos no físicamente.

—Acompáñame. Duchémonos en mi piso y comamos juntos. El día todavía no ha comenzado.

—Para mí ha sido suficiente. —Esta vez, cuando apoyé la mano en mi canalillo lo hice para comprobar que mi respiración se había normalizado—. Me gustaría volverme invisible, poder fundirme con el entorno sin que me reconociesen.

—Eres hermosa, es normal que llates la atención. Las mujeres te envidian y los hombres te desean.

—Ya... —Pero he aprendido que la oscuridad puede ocultarse en cualquiera, yo misma sentí el peligro respirando en mi nuca tras la publicación de aquellas horribles imágenes. Me sentía violada cada vez que un hombre se quedaba mirando, sentía que me desnudaban, que podían ver debajo de mi ropa y dejar huellas en mi piel asquerosas. Daba igual cuánto hiciera para tratar de no pensar en ello—. No va conmigo.

—¿Qué ha sucedido? No haces más que cambiar de opinión, jamás sé lo que piensas, es como descifrar un complejo puzle —reconoció—. ¿Qué tengo que hacer para que te abras a mí, para que me permitas ver tu interior?

—¿Ver mi interior? Ya sabes lo que se esconde bajo mi ropa. —Me giré, conecté nuestras pupilas en un intento de leer lo que su mente escondía—. Y quieres volver a tocarlo, saborearlo, es lo único que buscas.

—No puedes saberlo. Yo...

—Eres como el resto. Siempre creemos ser diferentes, pero en el fondo el parecido es

inegable. ¿Deseo? Es lo único que nos ha mantenido cerca, una cuerda invisible que tira de nosotros para cruzar nuestros pasos —comenté, al fin y al cabo, siempre he creído que el destino estaba escrito. En cierta manera me aferré a eso para convencerme de que no podría haber evitado la publicación de aquellas imágenes—. Yo también te deseo. —reconocí.

—Pero te alejas —sostuvo él como si fuera una tontería.

—A veces lo que deseamos puede hacernos mucho daño. —Pasé los dedos por su mejilla y me estiré. Podría saborear su boca, podría hacerlo. Sin más podría besarlo y después marcharme, no tenía responsabilidades para con él. Podría... —¿Y después? Una vez se olvida, dos puede... sin embargo, si lo convertimos en una constante te introducirás en mi vida sin hacer ruido y hay demasiado que no puedo contarte —confesé sin hacerlo. Una verdad que contenía una historia demasiado dolorosa, aquel cabrón no solo me había herido, me había cambiado a un nivel demasiado profundo.

—¿Cómo puedes saberlo antes de haberlo intentado? Te tenía por muchas cosas, no por cobarde.

Entonces salté, no sabía contra quien. Lo miré y golpeé su pecho. Lo golpeé sin fuerza, sin intención. Lo deseaba y eso me hacía daño. Se acercaba demasiado y, al provocar que mi corazón volviera a latir, que las emociones retornasen, las malas, que tanto tiempo había sepultado, también lo hacía.

Me dejó hacer. Me miraba sin ninguna expresión, quizás comprendía que en mi interior un había despertado un huracán que amenazaba con arrastrarme lejos, con mandarme como a una muñeca rota a cualquier lugar desconocido. Así eran los sentimientos.

—No tenemos que hacer nada. Déjame invitarte a comer algo, podemos hablar de cualquier cosa, no tenemos que mencionar nuestras vidas. Estar contigo es suficiente. —¿Qué bonito sonaba! Y quise hacerlo, quise tomar su mano, ponernos la mascarilla y fundirnos con los demás.

Martín era mi tentación. Iba a decir que no, de mis labios escapó un sonoro sí. Lo miré, me vi también en el reflejo de la puerta de aquella cafetería. Estábamos cerca, desde fuera parecíamos conocernos sin que fuera cierto. Las apariencias engañan, pensé entonces, comprendiendo que en cierta manera me reconfortaba su presencia, necesitaba creer que él era diferente.

Me coloqué la mascarilla y me sentí mejor. Él pasó su mano sobre mis hombros, a pesar de las noticias era casi la única que me protegía del COVID19, no me importaba. Casi hacía que llamáramos más la atención, Martín no dijo nada y siguió mi ejemplo.

Su mano buscó la mía, sus dedos se entrelazaron con los míos, su cuerpo me calentaba haciéndome entrar de nuevo en calor. Éramos uno, incluso nuestros pasos se acompañaron como si llevásemos años entrenando.

—¿Podrías avisarme la próxima vez que tengas a bien golpearme? —Lo miré y sonreí, aunque él no pudiera verlo.

—No fue a propósito.

—¿Cuál de las veces? —preguntó Martín con retintín. ¡Rima y todo!

Nos acercábamos a un parquecito, de los pequeños, esos en los que no reparas a no ser que vivas por la zona o mires dos veces. Estaba completamente vacío.

Caminé hacia los columpios y él me siguió. No sabría decir el motivo por el que me apetecía algo tan infantil como columpiarme, sin embargo, la serenidad que nos rodeaba me hizo mirarlo y creer que era posible.

—Estás muy guapo cuando te sorprenden —comenté con indiferencia al tiempo que mis pies se despegaban del suelo. Incluso creí que no me había escuchado.

—No sé si preocuparme, cuando me dices un cumplido casi es peor. —Su risa fue contagiosa.

Le gustaba meterse conmigo y yo quería más.

Me detuve y me giré. Él no se movía, permanecía sentado sobre el columpio que a todas luces necesitaba una nueva capa de pintura. El desgaste de aquel lugar le daba cierto encanto.

Me coloqué entre sus piernas, deslicé la mascarilla y él hizo lo mismo. Incluso yo, que conocía todos mis pensamientos, estaba perdida. No sabía lo que haría, las ideas vagaban sin rumbo tras mis ojos.

Primero simplemente lo miré. Él aguardó y lo aprecié por ello.

Después pasé los dedos por su mejilla e incliné el rostro. Mi aliento en su boca, sus labios se abrieron y su suspiro pesado me hizo sonreír ante la reacción de mi propio cuerpo. Toqué su boca y me perdí. Sus brazos me envolvieron, me sentí flotar.

Escondidos donde podían vernos, aunque mi pelo caía como una cortina sobre nuestros rostros ocultándonos.

Su lengua, sus dientes, sus manos. Él sabía moverse, tentarme, llevarme hasta el punto en el que olvidaba todo lo que no fuéramos nosotros. La poca cordura que me quedaba era la que me gritaba que no fuera más allá, aunque sentía que nos sobraba la ropa.

—Debemos parar. —Me sorprendió que fuera él el que detuviera aquel “encuentro”. Me sentí protegida por algo tan sencillo.

—Aún no tengo hambre y debería cambiarme de ropa.

—En mi piso tengo ducha y cuentan que se me da bien hacer pasta cuatro quesos —sugirió.

—Tendrás que enjabonarme la espalda —solté de sopetón, sorprendiéndome de habérselo cascado de una forma tan directa.

—No me lo digas dos veces...

Capítulo 14

Martin



Pocas personas tienen la capacidad que tiene Noemí de provocarme dolor de huevos. Quizás suene mal, pero cuando no recibo algún golpe “accidental” me calentaba hasta que mis pequeños podrían cocerse solo del calor que desprenden.

Noemí conseguía encenderme en cuestión de segundos, no obstante, no quería asustarla. Necesitaba conocerla, hacerla sonreír, disipar sus miedos y verla cada día. Cuanto más tiempo la tenía a mi lado más adicto me volvía a su compañía, pero temía lo que pudiera pensar si se lo decía al tener en cuenta que unos días eran muy poco tiempo para sentir tamaña conexión.

Cuando le enseñé el piso estaba pendiente de que todo le gustase. Cuando la llevé a la cocina disfruté viendo como abría la nevera y miraba su contenido con confianza. Le serví un café caliente tratando de acercarme, regresando a mis primeros años en los que no sabía escoger las palabras exactas.

—Puedes ducharte mientras cocino si así lo deseas. —Me acerqué por su espalda, rozándola, sin tocarla realmente. Ella se tensó, me encantaba conocer cuánto le gustaba sentirme allí.

Ella se giró y sus ojos almendrados me hicieron perderme. ¡Cuánto costaba no pensar en besarla, no hacerlo durante horas hasta que me dolieran los labios!

—¿Y si deseo otra cosa? —¿Veis a lo que me refiero con que era capaz de provocarme sin rozarme? ¿Quién no explotaría ante esa pregunta cuando una diosa, cuya belleza pocas pueden igualar, la formula? Su forma de morderse el labio... Suerte tenía que no la cargaba al hombro cual cavernícola y me la llevaba al dormitorio. Tomé aire y todo tenía su olor.

—¿Qué cosa? —grazné cual cuervo.

—¿Me lo darías?

—¿El qué? —conseguí inquirir tras toser un par de veces.

Ella recogió mi mano, sus dedos estaban fríos, quise calentarlos con mi lengua. Quería saborearla entera, tumbarla sobre la alfombra y descubrir sus pliegues, sus lunares, sus secretos.

Orgasmos, le regalaría un millón de orgasmos, nada era suficiente.

—Me han desnudado y herido, me han convertido en una sombra que teme que otros vean lo que oculto debajo de la ropa —confesó. Había algo que la dañaba y quise que prosiguiera, pero como siempre ahí terminó su discurso y el silencio nos envolvió unos minutos. Solo una orden, solo necesitaba que me diera una orden—. Quítate la ropa, quiero verte.

Mis dedos fueron a la camiseta y prácticamente me la arranqué. Los pantalones volaron lejos, ahí iba a detenerme, un gesto de su mano derecha fue suficiente para que acabase haciendo un desnudo integral.

Se acercó, sus dedos tocaron mis hombros, mis brazos, estrujaron mis tetillas. Tímidamente al principio, erizó mi piel. Su boca se unió a aquella inspección, tuve que apretar los puños para contener el impulso de devolvérselo con la misma moneda.

Estábamos uno frente al otro. Yo era más alto, más fuerte y me encontraba supeditado a lo que rondase su mente.

—Es una tortura —tartamudeé.

—Tortura sería si te atara, si no pudieras moverte y yo tomase todo cuanto deseara —relató ella. ¡Qué Dios me ayudase!

—¿Y si te dejase hacerlo? Sentir las cuerdas en mis muñecas mientras me cabalgas sería estar en el mismísimo paraíso —sentencié sin ni siquiera soñar con la posibilidad de que fuese a hacerlo. Ella no era así, ella no...

—¿Tienes cuerda? —Me atraganté.

—No tienes por qué hacerlo. Disfruta tú, no...

Su mano aferró mis pelotas. Apretó y gemí, una mezcla de dolor y placer que hizo que me empalmase completamente. Estaba tan duro que la piel apenas me contenía, no podía hacerlo.

—Dime una cosa, ¿qué ves cuando me miras? ¿Alguien débil? ¿Alguien a quien debes proteger y tratar con suavidad porque puede romperse? —lanzó ella como dardos envenenados. Sabía que si respondía estaría en peligro, podía otear las nubes oscuras danzando en medio de aquel universo castaño que envolvía sus pupilas —Me juzgas, incluso cuando tengamos sexo salvaje seguirías mirándome como si tuvieras que controlarte.

—No he dicho eso...

—No hace falta. —Aferró mis cabellos y tiró, hiqué la rodilla—. Lo veo en tus ojos. Estoy cansada, llevo tanto tiempo cansada que he olvidado lo que es lanzarse al vacío. Creí que la oscuridad de la soledad podría protegerme, anestesiaría mi corazón, ocultaría mis demonios. No funcionó. Te miro y no logro olvidar, te miro y me odio por haber sido tan débil. Debí hacer algo, pero... —Bajó el rostro y quise borrar aquella expresión.

—¡Átame!

—¿Cómo a un cochinillo antes de asarlo? Estarías muy mono. —La luz de la broma no llegó a sus pupilas.

—¡Átame! Si lo deseas, hazlo. Podré soportarlo —aseguré. Diría cualquier cosa por alejar lo que fuera que la atormentaba.

Yo seguía a sus pies. Toqué sus zapatillas, levantó el pie derecho, la descalcé lentamente. Después vino el otro pie. Toqué sus pantalones y tiré de ellos hacia abajo, siempre con la cabeza gacha, una postura sumisa que no modifiqué en ningún momento.

No la miraba, no alzaba los ojos. Ella seguía controlándome, sus dedos ejercieron más presión en mis cabellos, no emití ni un solo sonido.

El sexo es complejo. Puede ser dulce y tierno, salvaje y adictivo u oscuro. Había un tipo de sexo que no solo te atraviesa la piel y te da un orgasmo, que deja salir nuestros miedos, que deja aflorar la oscuridad que mantenemos dentro. A veces buscando control, otras, venganza, y quizás, las que menos, perder la autoridad que durante el día nos acompaña dejando nuestras decisiones en otras manos.

Ella se dejó quitar los pantalones y las braguitas. Tiró de mí hacia arriba y supe que me había autorizado a quitarle la camiseta y el sujetador. Estaba desnuda, cerca, podría lamer sus pezones, me mantuve encogido.

—¿Voy por la cuerda? —sugerí entonces.

Ella se arrodilló quedando un poco más baja que yo. Me miró, sin despegar su mano de mis

cabellos. Juntó nuestras frentes y cerró los ojos.

No es preciso comprender los motivos para compartir el dolor. Una verdad que olvidamos con el paso de las generaciones, dejamos ir nuestros instintos, nuestra facultad de empatizar para convertirnos en seres que nos conformamos con una satisfacción momentánea.

Cualquier otro habría pensado en abrazarla, yo sabía que eso no haría más que ofenderla. No era compasión lo que estaba buscando. En algún momento despertó de su trance, yo mismo me había perdido en mis pensamientos.

—Vete a por ella —me pidió.

Y lo hice. La dejé en sus manos y volví a arrodillarme.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Acompáñame a tu cama.

Quería saltar de alegría, no lo hice. Me tumbé boca arriba, contuve mi jadeo cuando se colocó a horcajadas sobre mis caderas y comenzó a atar mis muñecas al cabecero. No muy fuerte, tuvo cuidado para no hacerme daño.

Besó mi boca, sentí algo húmedo escurrirse por mi mejilla izquierda, ella no hacía sonido alguno y no abrí los ojos por no romper el momento.

Cuando se alejó de mis labios, cuando nuestras lenguas dejaron de danzar, lo único que observé fue las pestañas negras más largas del mundo acentuando un rostro pálido, níveo incluso.

Por impulso quise recolocarme, entonces mis manos tiraron y sonreímos. Era difícil recordar que no podía moverme cuando ella ahogaba mi mente en sensaciones intensas, en un deseo abrasador que podría dejarme sin voz en cualquier momento, conteniendo mi final feliz por prologar aquel encuentro.

Ella me rozaba, sus pezones en mis pectorales, su entrepierna húmeda contra la mía, sus manos recorriendo mis hombros, y se conformaba con besarme. Quise gritar que continuara, que me concediera cierta liberación.

—¿Y si ahora me fuera?

—¡No! —casi lloriquéé —Yo... Puedes hacerlo, pero no lo hagas.

Y se levantó. Sentí el frío como una culebra, mi corazón ralentizó su paso ante la posibilidad. Me sorprendió de nuevo.

Su boca me atrapó. Sus labios envolvieron de manera sublime mi zona más sensible y no pude soportarlo. Elevé las caderas como pude, mi cabeza se hundió en la almohada. Quise aferrarla, guiarla, tiré con fuerza sabiendo que no podría.

—Me matas.

—Podría hacerlo —dijo entonces. Me arrepentí al momento de haber hablado, ella dejó aquel movimiento rítmico hipnótico y, tras darme una suave caricia, volvió a colocarse a horcajadas sobre mis caderas. El sabor, mi sabor, pasó de su lengua a la mía en un beso húmedo.

Entonces me hundí en ella, me obligó a zambullirme y borró mis recuerdos, mi pasado, cualquier otro anhelo que no fuera conseguir más.

Me movía como podía, lo hacía incluso queriendo evitarlo, mi cuerpo lo necesitaba y tomó el control. No había forma de que me detuviera, no había poder divino en el mundo capaz de paralizar mis músculos.

Ella se veía hermosa, pletórica, se movía buscando lo que necesitaba, sin comprender que al hacerlo me envolvía, me convertía en su esclavo de por vida. La vi, la observé sin ser capaz de describir la belleza que vi, no la belleza que siempre había estado ahí, sino algo nuevo. Una luz, un aura pura y perfecta.

—Aunque lo intente no conseguía dejar de pensar —susurró—. Necesito tenerte en cada fibra

de mi ser para borrar el pasado. A tu lado me convierto en otra persona.

—No tienes por qué cambiar, eres perfecta. Solo necesitarías verte a través de mis ojos.

—¿Ahora? —sonrió. ¿Cómo podíamos mantener una conversación cuando el orgasmo era casi inminente? ¿Cómo podían funcionarle las neuronas? —Ahora me necesitas, te frustraría demasiado que te dejase a puntito de caramelo.

—Ahora y desde el momento en el que te vi, sin embargo, tienes razón. Me parece que te has liberado, que te has permitido hacer aquello que querías y eres capaz de cualquier cosa. ¿Ahora? Eres perfecta.

Ella guardó silencio, yo tampoco dije nada más.

Incrementó el ritmo y juro que traté de evitar el final inevitable.

Capítulo 15



Debí quedarme, temía las preguntas. ¿Cómo había sido capaz de comportarme de aquella manera?

Me vestí a toda prisa. El sujetador en el bolsillo. Martín quiso detenerme, dijo todo aquello que pasó por su cabeza, yo hui.

Corrí de vuelta. Sin acordarme de la mascarilla, de que pudieran verme o de las pintas que llevaba.

Solo Martín ocupaba mis pensamientos, recordaba lo que había hecho con una mezcla de orgullo y vergüenza, despojándome al mismo tiempo de ciertas reservas me había lanzado de cabeza al abismo del placer, sin preocuparme por el después. ¿Acaso no podía razonar con claridad cuando aquel hombre de ojos verdes se aproximaba? Su sonrisa descarada, prometiendo maldades cambiaba algo en mi interior, quizás porque en sus promesas no buscaba hacerme daño, sentía que me protegería incluso de sí mismo.

¿Alguna vez habéis estado con alguien que sabéis que no es el mejor, que no trata de serlo y, sin embargo, no dudáis en si os fallará? Tras una relación “larga” con Roberto jamás llegué a confiar de tal manera en él para quitarme los complejos y dejar que me viera sin filtros. Contuve mis impulsos.

Cuando llegué al piso Noemí estaba comiendo, yo la esquivé como pude y me encerré en el baño.

Fue allí donde, bajo el chorro del agua caliente, con las gotas cálidas resbalando por mi piel, comprendí que la herida seguía abierta. Me había escondido, nunca llegué a afrontar las consecuencias de lo que había sucedido con el innombrable. La sombra de mi ex, incluso cuando lo negaba, se había hecho hace mucho con el control de mis pasos, quizás era el momento de aceptar que no se podía controlar todo. ¿Algún día desaparecerían las imágenes? ¿En internet? Imposible. ¿Entonces a qué estaba esperando para quitarme los complejos y miedos de encima?

De pronto no quería nada y lo necesitaba todo. Dentro de mi vida imperfecta, en la que había tratado de imponer la razón al corazón, dejé de sentir. Ahora las emociones llegaban sin que pudiera detenerlas, puede que demasiado intensas por la misma razón, tal vez lo que estaba comenzando con Martín no fuera a funcionar, ¿quién podía conocer el futuro?

Martín me había desnudado de muchas maneras. Había despertado mis demonios y me había hecho recordar una Sarah que creí estaba muerta. Fue entonces cuando recordé a mi madre y nuestra despedida.

Mi madre era una bruja, de las buenas, pero una bruja, al fin y al cabo. Ella me observaba, sonreía sin despegar sus ojos de mí y el silencio hacía el resto.

Aquella tarde la tristeza se escurría entre las paredes, entre los muebles. Era un fantasma silencioso que nos impedía disfrutar de su compañía, sintiendo que tal vez serían los últimos minutos compartidos. El dolor de mi madre nos apuñalaba, cada una de sus silvosas bocanadas de aire enrarecía el ambiente y provocaba en mis ojos unas lágrimas traicioneras que trataba de evitar al sentir que no hacía más que lacerar el corazón de mi madre.

—Tienes que dejar de centrarte en lo malo. Olvidas los buenos momentos, —La mano temblorosa de mi madre aferró mis dedos, los sostuvo y sonrió con el amor que contenía su alma. Ahí el llanto que me embargó fue desgarrador—. cariño, deja de mirarme con pena. ¿Acaso no comprendes que estoy feliz?

—¿Cómo es posible? —pregunté hiposa sin lograr enfocar la mirada.

—Porque hemos tenido tiempo. Hemos sido felices y compartido grandes aventuras. Cuando tú y tu hermana nacisteis creí que el mundo acabaría con nosotras, por mucho que, tan pronto mis ojos se posaron en vuestros diminutos rostros, supe que me había enamorado. —Me contó con ojos soñadores. Por unos instantes la luz regresó a sus pupilas, incluso cierto color se adhirió a sus marfileñas mejillas—. No tenía nada, me enfrentaba al qué dirán por mis decisiones, todos me dieron la espalda.

—Lamento que por nosotras...

—No, no lo comprendes. —Acarició mi pelo, la sentí temblar. Cada gesto, cada movimiento era un esfuerzo titánico que menguaba sus segundos. Lo notaba, lo sentía en mi pecho, ella se estaba apagando lentamente, aunque el dolor había sido paliado gracias a la medicación que le habían colocado en el brazo—. Ellos solo veían lo que querían, se divertían afilando sus lenguas en mis circunstancias, pero no les permití que me afectaran. Creé un mundo hermoso para mis tesoros, me centré en lo bueno y conseguí la felicidad más absoluta, una felicidad que personas nocivas como las que tanto nos criticaron jamás podrán alcanzar.

—Eres muy fuerte, por eso me parece tan injusto que...

—¿Fuerte? No mi niña. Tuve miedo, terror, auténtico pavor a fallaros y que me vierais como yo me veía en el reflejo del espejo. Me aterraba que acabaseis echándome en cara todo lo que no pude daros. —Entonces besé su mejilla, demasiado blanda y fría, una nueva remesa de saladas lágrimas nos humedeció a ambas.

—Nos quedamos solas —sentencié sintiendo mucho miedo al futuro, a fallar, a tener que enfrentarme a las facturas, a las pequeñas tareas que jamás había tenido en cuenta. Lo desconocido me superaba, me enterraba con rapidez al comprender todo lo que ella había estado haciendo por nosotras.

—¿Solas? Jamás estaréis solas mientras os tengáis la una a la otra. —Asentí sin fuerzas—. Noemí sufrirá a su manera, se encerrará en un mundo perfecto y no dejará que el dolor la alcance, tendréis que aprender a ser fuertes cuando la otra caiga.

—Seré fuerte —aseguré entonces.

—No es eso lo que os pido, a veces caer es necesario para poder seguir el pie. Es algo complejo, más el tiempo te lo enseñará. —Ella estiró el brazo y supe lo que me ofrecía. Me acurruqué a su lado y, a pesar de su situación, de que apenas conseguía hablar, volví a sentirme diminuta y protegida. Su olor, su calor, toda ella era mi hogar y lo estaba perdiendo. Debería reconstruir mi mundo, toda mi vida alrededor de su ausencia, pero no en aquel momento—. No te avergüences por necesitar ayudar, por necesitar un descanso y alejarte del mundo. Solo quiero que me prometas algo. —Ante su silencio elevé el rostro y la observé.

—¿El qué, mamá?

—Jamás permitirás que acaben con tus ganas de seguir. Puedes descansar cuando te veas

superada, nunca rendirte. —Asentí, asentí y asentí.

Capítulo 16



Melanie saltando al lado de la barra, un par de maromos observándola y yo agotada. Sarah estaba extraña, yo misma me sentía rara al empezar a replantearme aquello que quería. Salí de fiesta con Melanie solo por evitar preguntas incómodas, por evitar las posibles respuestas.

—Hola guapísima, ¿alguna vez te han dicho que iluminas el lugar? —Casi me atraganté ante tanta tontería. Me giré con cara de malas pulgas, sin embargo, es difícil que reparen en esas menudencias cuando los ojos del tipo estaban centrados en mis pechos, quizás creía que tenía rayos X y, si se esforzaba, podría otear también mis pezones. Esperé unos segundos, pero visto que no se esforzaba en fingir tampoco tenía sentido que yo lo hiciera.

—¿Y tú que eres un cerdo? —grité sobre la música, aunque temí que no me hubiera escuchado.

—Puedes llamarme lo que quieras mientras aceptes que te invite a algo. —Volvió a insistir. Sentí asco cuando su mano sudorosa rozó mi brazo, lo retiré con fuerza provocando que casi perdiera el equilibrio.

—Si vuelves a tocarme te parto la cara —aseguré dispuesta a cumplirlo. No estaba segura de por qué estaba tan cabreada, pero la furia no dejaba de crecer en mi interior. Era como una bola de pelo que aumentaba exponencialmente su tamaño en mi garganta y deseaba escupir.

—No seas así... —Y con la música comenzó a “bailar”, lo más pegadito que podía para “permitirme sentir” lo que él llamaba excitación y yo... un botón mal colocado.

Un perro restregándose contra mi pierna sería menos asqueroso. Quise clavarle mi tacón en el pie para que “comprendiera” que no estaba disponible. No con mucha fuerza, la justa. Fallé.

¿Mi segundo intento? Un empujón que él absorbió con una sonrisa arrogante de regalo.

¿Al final? No me quedaban ganas de sutilezas ni mierdas por el estilo. Apreté las manos, sentí mis uñas, con su perfecta manicura, clavándose en mi piel.

—O te largas o te dolerá, y mucho —silbé en su oreja.

Cuando los hombres me miran me ven delgadita, no muy alta, no era la primera vez que alguien me describía como a una hermosa elfa. Ciertamente, para los machorros no era una amenaza y eso fue lo que vi en su rostro, todo ello mezclado con la arrogancia de creerse irresistible, muchos no comprendían que sus músculos y cuidado vestuario no fuese suficiente para bajar las bragas de la elegida.

¿Un consejo? Jamás subestiméis a una mujer. Puede que nuestra fisionomía no sea la de un culturista, pero sabemos encontrar los puntos débiles del sexo opuesto.

Dos copas en el cuerpo, mi mente se encontraba en un abismo oscuro, la duda... Lancé el primer puñetazo de mi vida cuando su mano apretó mi nalga derecha. El asco, la impotencia al ver

que no se apartaría por las buenas y, ¿por qué no decirlo? Me sentó bien, fue liberador.

Entre nosotras, no es lo que se debe hacer, la palabra es lo primero, pero... al menos para mí me liberó del asco que sentí con su roce, de la frustración al no conseguir alejarlo de mí, fue justo.

Tristemente apenas lo notó, solo su orgullo sintió realmente el impacto. Miró a su alrededor y encontró a sus amigos, que se descojonaban en la esquina. Quiso ir de don Juan y acabó escaldado, ¡alguien como él no podía dejarlo estar!

Sus dedos, como garras, apretaron mi brazo. Yo me revolví. En mi intento por soltarme golpeé a un par más de personas. Resulta que hay a chicos que no les gusta ver cómo otro aprieta y zarandea a una mujer. Pronto, lo que comenzó como un intento de que me dejase en paz acabó en una auténtica batalla campal.

Melanie se acercaba corriendo, esquivando los golpes, protegida por dos chicos que se encontraban a su vera recibiendo y aceptando los embistes. Yo me deslicé hasta la pared del fondo y me mantuve allí.

Disfruté viendo al salido ser alcanzado por un puñetazo que sí que le hizo temblar de pies a cabeza, es más, si el local no fuera como una lata de sardinas se habría caído de espaldas. Al tercer impacto perdí el interés.

—¿Qué has hecho ahora? —preguntó Melanie, con una sonrisa perenne y lanzándole un beso al de la derecha.

—¿Yo? Nada, hay gilipollas que no entienden las palabras —bufé frustrada.

—¿Seguro? Llevas todo el día con malas pulgas. En algún momento tendrás que contarme qué es lo que te sucede —Aunque no parecía tan interesada. Cuando el de la izquierda envolvió su cintura ella sonrió coqueta.

—¡Me largo! —aullé alzando los brazos y queriendo alejarme de aquel bullicio —¿Te vienes?

—Me han invitado a una fiesta privada —su grito en mi oreja casi me dejó sorda.

—Es peligroso.

—Tranqui, los conozco de la uni. Son buenos chavales y no es la primera vez que acabamos los tres juntitos y jugando a los médicos —confesó. Su lengua se enredaba en las palabras más sencillas demostrándome que estaba más perjudicada de lo que quería confesar.

Melanie era testaruda, yo me alejé sin tenerlas todas conmigo, aunque los manejaba como a dos muñecos gigantes que aceptaban sus palabras como órdenes mágicas.

Solo el aire frío de la noche consiguió aplacarme. Los tacones resonaban contra la acera, la soledad de la ciudad dormida, la misma que normalmente bullía llena de vida, me hizo fingir que era otra persona, que caminaba hacia un mundo completamente diferente. Las normas que dictaban lo que era posible o imposible se rasgaban, quería volar, alejarme y escapar.

Llegué hasta mi piso sin darme cuenta, actuaba por instinto. Subí las escaleras, incapaz de esperar el ascensor, queriendo cerrar los ojos y dormir. El cansancio que me embargaba no era físico, estaba agotada de ser yo, de romper las reglas y seguir sintiendo aquel vacío.

¿Sabéis cuando vuestra paciencia ya no existe? Era una cualidad que se había desvanecido de mi interior sin dejar rastro alguno. Me mecía entre un mundo que me ataba y otro que no podría existir. Incapaz de pedir ayuda, pues yo siempre había sido el soporte de Sarah desde que nos quedamos solas. El agotamiento me colapsó cuando lo vi.

Aquel gilipollas incansable, que tan claro parecía tener lo que quería, timbraba con fuerza. Eran las dos de la madrugada, aunque eso no le importaba. Su postura, su testarudez a la hora de luchar por lo que deseaba me hizo envidiarlo con la misma intensidad que lo odiaba.

—Martín, ¿qué haces aquí? —Él se giró sobresaltado.

—Te buscaba. Necesito que hablemos —susurró, intimidado de pronto. Bajó los ojos a sus

zapatos unos instantes para alzarlos a continuación más decidido—. Llevo días imaginándome lo que te diría, no puedes seguir jugando. Necesito que seas clara y me digas qué quieres y si tengo alguna oportunidad.

Ahí puse los ojos en blanco. Si para él no había sido clara no tenía ni puta idea de qué podía decirle para solventar la situación.

—Que te largues. No soporto tu presencia, no aguento tenerte cerca, me arrepiento de haberte conocido y jamás habría dejado que me tocases si supiera que... —La crueldad apareció. Quería destrozarlo, convertirlo en alguien como yo. Lo vi, supe que mezclado con la pena había algo más, fue como si se rompiera.

No pude terminar. La puerta se abrió, una Sarah despeinada, adormilada y que a todas luces se había vestido a una velocidad sorprendente nos observaba discutir.

Martín la miró y su boca se abrió. Ella sonrió con dulzura al mirar al cachorro abatido y yo supe que algo no iba como yo creía.

—¿Dos? —Vale, no era muy inteligente. Creo que las neuronas de Martín acababan de explotar en millones de pedazos.

—Eso dicen, aunque la gente normal sabe reconocer a las gemelas —solté con retintín pasando a su lado. Traté de cerrar la puerta, dejándolo de paso con un palmo de narices, Sarah se interpuso.

—Pero... Yo... Dos...

—Te va a explotar la cabeza. —Ninguno de los dos me miraba o escuchaba.

—¿Noemí? —preguntó Martín mirando a Sarah, parecía más una súplica que una auténtica pregunta.

—No —susurró ella. Estaba a punto de llorar. Rodeé sus hombros al verla en ese estado, se tensó al momento y su forma de observarme... ¿Qué había hecho? —Sarah...

—Sarah yo... no sabía... perdóname. —Martín se había olvidado por completo de mi existencia, Sarah parecía en trance. Lo oteaba como si sus ojos pudieran traspasarlo.

—¿Os conocéis? —pregunté entonces como si fuera tonta. Estaba claro que sí se conocían y bastante más que eso. La idea de que pudiéramos haber compartido a un tío no me agradaba precisamente, no era algo a comentar en una situación como aquella.

—No —dijo Sarah.

—Sí —replicó Martín.

—Ya no importa, ¿verdad? —comentó Sarah apretando el pomo de la puerta entre sus dedos — Ya no importa. —Sonrió sin que la luz que tiende a dar ese gesto llegase a sus ojos, fríos como la mismísima muerte. Me recordó al día del entierro de mamá y supe que lo que hubiera sucedido entre ambos era mucho más fuerte, más importante de lo que yo pudiera creer.

Mil preguntas anidaban en mi mente, quería lanzarlas una tras otra, tuve que contenerme para no dar mi opinión.

—Vete —pidió Sarah mirándolo con aquellos ojos chocolates que mostraban el infierno que se había desatado en su interior. Martín se encogió volviéndose diminuto.

—Si es lo que quieres, pero me gustaría que nos dieras la oportunidad de hablar. Al fin comprendo...

—¿Qué? ¿Qué comprendes? —exigió ella.

Martín me miró y no pudo continuar. Posiblemente su defensa fuera algo poco agradable para mi persona y prefirió callar, aunque al hacerlo la perdiera a ella. Un gesto que aprecié y era estúpido, no debería pensar en nadie más que en Sarah en momentos como aquel.

Capítulo 17



Todo cobraba sentido, incluso aquel primer intento de beso. Él jamás me había visto a mí, jamás estuvo a mi vera o recorrió mi cuerpo.

Usada, así me sentía. No pensar en él fue imposible, se colaba en mis pensamientos y me torturaba cuando la noche me acogía en lo que debería ser mi descanso. Cuando mi mente desconectaba y las imágenes de mi inconsciente tomaban forma no podía escapar. En pocos momentos me olvidaba de la última revelación y, era entonces, cuando una sonrisa tímida asomaba de mis labios.

¿Un ejemplo? La noche anterior.

Pasé de estar en medio de un bosque sintiendo el aliento de una bestia que me perseguía, sin importar cuánto corriese ni que mis pulmones estuvieran a punto de salirse por la boca, a acabar entre sus brazos.

Martín me besaba, susurraba mi nombre entre jadeos mientras yo lo montaba tipo amazona. Cada vez que dejaba caer mis caderas y me llenaba salía aquel húmedo jadeo: Sarah... Sonaba como el mejor de los cumplidos, como una caricia perezosa que me removía el alma. Quería gritar de alegría mientras me aferraba a él, buscando incansable el orgasmo que resbalaba entre ambos.

No sabía cuánto había cambiado mi vida su encuentro, su incansable tozudez, la forma en la que me poseyó. No sabía cómo alguien que no conocía había llegado a mis auténticos demonios mientras que, a aquellos que estuvieron ahí en todo momento, siempre los mantuve alejados.

En mi sueño Martín y yo uníamos nuestras manos, un gesto que se repetía volviéndose nuestro. Cuando nuestros dedos se entrelazaban no solo significaba que nos conocíamos íntimamente, veíamos en él otros detalles en los que nadie más reparaba.

—Sarah, ¿te ocurre algo? —me había preguntado Martín, poco antes de que me despertase y regresase a la realidad.

Era difícil contestar cuando las paredes de aquella habitación se cernían sobre ambos, se iban cerrando y temí acabar sepultada. Martín me observaba sin percatarse de nada más, ¿estaba ciego?

El agobio hizo que lo soltase, al hacerlo fue como tener que dejarlo ir y no podía. Cuando me levanté, haciéndolo salir de paso de mi interior, el vacío me dejó desolada.

—Tenemos que salir de aquí —susurré, mirando cómo la puerta estaba a punto de desaparecer.

—Regresa a la cama. Aún no ha amanecido —replicó él.

Caminé lentamente. Podría haber tirado de él, no tenía fuerzas suficientes...

Aquella noche desperté sin aire, me incorporé de golpe y lloré. No había llegado a comenzar y se había terminado. Me encontraba sola de nuevo, no obstante, en esta ocasión sentía la soledad, cosa que no me ocurriera antes.

Ahora el saber que no estaba él me hacía percatarme de que lo que había tenido hasta entonces no era suficiente.

Demasiado tarde.

Capítulo 18



Quise ayudarla, hacerla hablar, que dejase que su pena saliera de alguna manera. No lo conseguí.

Si en algo era buena Sarah era en encerrarse detrás de un muro invisible tras el que se guarecía como la mejor de las guerreras. Esquivaba mis preguntas, se escondía en su cuarto y se negaba a comer si había alguien más en la cocina. Respeté su decisión.

Tenía que estar ciega si no me había percatado de lo que había sucedido. Por qué no había hecho las preguntas adecuadas, por qué no había dicho nada cuando se descubrió el pastel, por qué seguía manteniéndome al margen, era algo que no podía responder.

Las noticias tampoco ayudaban. Estábamos al borde de que se decretase el estado de Alarma. Algo que nunca creí que vería, algo impensable y que cada persona aceptaba poco a poco. La idea de no poder salir, de estar encerrada en mi hogar no era la más agradable, aunque comprendía los motivos. Solo tenía que solucionar toda aquella mierda antes de que fuera imposible volver a juntarlos.

¿Me gustaba Martín para ella? No lo sabía, tampoco era yo quien debía decidirlo. Solo estaría ahí para patearle las pelotas si la cagaba. Lo primero era lo primero.

Si la primera vez había colado no entendía por qué no podía volver a pasar.

Cogí su ropa, su maquillaje sencillo y su teléfono. En aquel estado Sarah no se habría dado cuenta de nada ni, aunque se lo hubiera gritado.

“Necesitamos hablar. A las 8 en el café Carrousel. No llegues tarde.”

Ahora salir a la calle era extraño. Mirabas a tu alrededor como si cada persona pudiera ser un peligro, te parapetabas detrás de la mascarilla buscando seguridad y, aun así, me sentía extraña, como si fuera disfrazada.

Las costumbres de todos habrían de cambiar por un bien común, aunque a mí me resultaba asfixiante.

Cuando llegué él ya estaba allí. Fue raro ponerme en los zapatos de Sarah pues, aunque físicamente iguales éramos polos opuestos. Mantuve las distancias, no podría besarle ni, aunque mi vida dependiera de ello, mucho menos ahora que sabía lo que Sarah sentía por aquel soso, bueno soso no... ¿aburrido?

—Hola... no creí que... —Se levantó para recibirme. Estiré las manos para que se estuviera quieto y tomé asiento.

Esperé pacientemente a que nos sirvieran antes de hablar. No llegué a quitarme la mascarilla, no por el momento. Por extraño que pareciera temía que, ahora que conocía nuestro secreto,

pudiera ver que yo no era ella.

Relajé mi tono, me volví dulce, más comedida.

—¿Temes lo que pueda decirte? —inquirí bajando los ojos.

—Debí notar las diferencias, en cierta manera lo hice. Sois muy diferentes, pero ¿cómo podía explicarlo sin que creyeras que estaba loco o te insultaba? —me preguntó él.

—¿Por qué yo y no ella? ¿Por qué ahora debo creer que siempre fui yo? —Era algo que no solo quería saber por Sarah. Necesitaba creer que Martín la veía como era, que podría comprenderla. Nadie mejor que yo para saber si mentía.

Martín tomó un trago de su cerveza y me miró a los ojos.

—Porque eres dulce, atenta, salvaje y divertida. Jamás sé lo que puedo esperarme, no dejas de sorprenderme. Porque dejé de importarme... —se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—¿Podrías quitarte la mascarilla? —me pidió. Yo no entendía qué había sucedido, tampoco tenía motivos para negarme.

—Claro.

Cuando lo hice él continuó hablando, en ningún momento retiró sus pupilas de las mías.

—Cuando muestras tu carácter también enseñas la niña que muchos han perdido. Y si me aburro siempre puedes golpearme las pelotas —rio con ganas.

Quise poner cara de póker. ¿Mi dulce Sarah le había golpeado las pelotas? ¿Ella? ¿Dónde? ¿Cuándo? Eso lo averiguaría como fuera.

—No es tan sencillo. Creí... —Quise explicarle lo que ella sentía, la sensación de que probablemente no había sido más que mi sustituta. A nadie le gustaba que no pensasen en ella mientras la poseían. No me dejó continuar.

—Tú no eres Sarah.

—¿Cómo? —¿Cómo lo había descubierto? No era posible, cuando me lo proponía nadie más que mi madre notaba la diferencia y él parecía seguro al cien por cien.

—Noemí, ¿qué haces aquí?

—Pillada, supongo que no tiene sentido que trate de negarlo. Supongo que quiero echaros una mano, no me gusta ver jodida a mi hermana —confesé.

—No creo que debas meterte. Lo único que conseguirás será complicar todavía más las cosas. —Martín iba a levantarse y largarse. Agarré su mano y se lo impedí, no lo dejaría marchar por el momento.

—¿Y qué crees que conseguirás? No te abrirá la puerta, no te contestará ni las llamadas ni los mensajes. Mi hermana es la mejor persona que conocerás jamás, pero a testaruda no le gana nadie. ¿Crees que sin ayuda lograrás siquiera que abra la boca? Eres más ingenuo de lo que creía —bramé molesta porque me viera más como un estorbo que como la ayuda que tanto necesitaba. ¡Sería desagradecido! Tomé aire—. ¿Y bien?

—¿Y según tú qué debería hacer?

—Si me conocieras sabrías que no habría venido si no tuviera un plan.

Capítulo 19

Martin



Nunca creí que me vería en una situación parecida. Ni siquiera yo tenía tanta cara, no obstante, Noemí estaba convencida de que funcionaría y ante la posibilidad... En mi pecho había nacido un sentimiento por aquella joven que no podía, ni quería, negar. Necesitaba poder decirme a mí mismo que había intentado cuanto se me ocurrió por hacerle entender que, a pesar de las circunstancias tan inusuales en las que nos habíamos conocido, el final todavía no había sido escrito.

—Me matará. Jamás aceptará tal cosa —solté tembloroso. Vale, tal vez no era tan valiente, no cuando debía enfrentarme a los ojos café más hermosos del mundo.

—Seguro que sabrás defenderte y convencerla. Quiero pensar que tienes tus propias armas para quitarle las penas. —La muy descarada me guiñó un ojo, sin embargo, algo había cambiado entre ambos. Al no sentirse perseguida, como si quisiera algo con ella, descubrí en Noemí a una mujer divertida y descarada, alocada más bien.

Y quedé solo ante el fuego enemigo. Noemí tenía razón en algo, tenía que aprovechar las circunstancias.

En mi mano derecha una pequeña maleta, diminuta, aunque esperaba no tener que utilizarla. Ir en pelotas por el piso significaría que Sarah me aceptaba... En mi mano izquierda, temblorosa, una rosa roja que seguramente me lanzaría a la cara, al menos no tenía espinas.

Plantado ante el piso de Sarah, con la llave en mi poder, no lograba decidirme a utilizarla. ¿Podría denominarse allanamiento si una de las hermanas me había invitado? Posiblemente no, nunca se sabe.

Cogí aire y dejé la mente en blanco. Fue lo más difícil que hice nunca. Entré en el hogar de la bestia.

Dejé la maletita y la rosa, caminé a su dormitorio. Las imágenes de lo que habíamos compartido juntos estaban ahí, detrás de aquella puerta, tuve que apartarlas para no entrar con un empalme de narices, creo que no hablaría muy a mi favor.

¿Petar? Ni de coña, no haría más que echar el cerrojo.

—Hola —dije como si nada abriendo de par en par. Ella estaba acurrucada, en pijama y las ojeras decoraban su bonito rostro. Se notaba que hacía tiempo que no se levantaba de la cama.

Me observaba con la boca abierta. Un pez boqueando que no hallaba las palabras para describir su incredulidad.

—¿Qué haces aquí? —consiguió pronunciar.

—Convencerte. Teniendo en cuenta lo que está sucediendo te encerraré conmigo hasta que no

puedas vivir sin mí. —Tenía que decirlo del tirón o la vergüenza podría conmigo—. ¿Qué hay mejor para conocerse y despejar dudas?

—¿Encerrar? ¿Qué...? —Se incorporó despacio. Sus ojos se abrieron poco a poco, miró a mi alrededor y supe a quien buscaba—. ¿Dónde está Noemí?

—Si no me equivoco camino a mi piso.

—¿Por qué? —Achicó los ojos. ¿Cómo era posible que cada uno de sus gestos me pareciera hermoso? Sencillamente perfecta, incluso en su estado más descuidado vislumbraba una joya que necesitaba poseer.

—Quiere darnos algo de intimidad, además, dudo que te guste que escuche los jadeos que te arrancaré. —Tenía que echarle huevos. ¡Con dos cojones! Me dije, pena que los míos se hubieran encogido y el tercero en discordia apenas asomase la cabeza.

—¿Qué? —Iba en braguita, ¡qué piernas más largas y bonitas tenía! Ella no era consciente de nada, caminó hasta que entre ambos no había más que una diminuta rendija. Me observaba sin creerse que estuviera allí, incluso extendió el índice, que dio de golpe contra mi pecho—. Vete —añadió.

—No puedo. El estado de alarma empieza hoy. —Ella parpadeó y miró la calle a través de la ventana. Era de noche—. Son las doce y pico de la madrugada. Como comprenderás si me descubren fuera sin un motivo de peso puede que no solo me multen. ¿De verdad no comprendes la gravedad de la situación?

—Tú... —Se llevó las manos a la cabeza. Dio varias vueltas en el cuarto sintiéndose acorralada. Las paredes estaban demasiado cerca, volvió a plantarse ante mí—. Ella, todo ha sido idea de ella.

—Sí. —¿Por qué negarlo? —Quería ayudarnos y ahora, que puedo estar a tu lado, se lo agradezco. Te extrañaba. —Quise pasar los dedos por su piel, curar aquella expresión triste con mis besos, tumbarme a su lado acunándola hasta que comprendiera que, de alguna manera, mis intenciones iban mucho más allá que de tener un polvo rápido.

—Pues será complicado. Si tanto quieres quedarte será en su dormitorio, no quiero ni verte. Yo creí que el destino nos había unido, que cuando me mirabas veías algo más que un coño que podía ser penetrado.

—No hables de esa manera, no eres tú —le pedí. Ella me golpeó con fuerza en el pecho, una vez comenzó no podía detenerse. La envolví en un abrazo y su aroma me atontó. Me habría quedado así siempre, por mucho que la fierecilla quisiera arañarme y morderme, cada uno de sus golpes me hacía sentir bien.

—¡Te odio!

—No lo haces, si lo hicieras no estarías así. —Se quedó quieta, me miró y simplemente se detuvo. La abracé con más fuerza y aspiré su aroma—. Si lo hicieras tendría que apartarme y no sé si podría. Te dejaría si supiera que así serías feliz, si me dices que no me quieres a tu lado, que serás más feliz sin mí —continuó.

—¿Lo harías? —preguntó Sarah entonces, sin creérselo en absoluto —¿Te marcharías para siempre?

—Sí.

—Entonces hazlo, lárgate. —Yo la solté e iba a girarme, sus dedos se habían aferrado a mi camiseta y tiraron con fuerza. Su boca decía una cosa, no me dejó marchar.

—Tendrías que soltarme.

—Vete, lárgate, por favor —repitió sin moverse, sin que sus dedos se relajasen y dejasen escurrirse mi camiseta.

—Tu boca dice una cosa, —Volví a ella—. tu cuerpo otra. ¿A quién debo hacer caso?

Capítulo 20



Mi boca le gritaba que me dejase en paz, que no regresase jamás a mi vida mientras en mi interior, cada fibra de mi cuerpo deseaba que pasase por encima de mis palabras y me besase. Mi orgullo me impedía contarle la verdad, necesitaba que fuese capaz de leer mi mente, que comprendiera a mi espíritu.

Lo quería allí, lo odiaba por el mismo motivo. Estaba furiosa, de tal manera que no lograba expresarlo, no conseguía sacar aquella rabia que me quemaba por dentro. Golpearlo y besarlo, decirle que jamás estaría con él o lanzarme en sus brazos. No podía dejar de nuevo mi autoestima aparte, necesitaba que me respetase y viera.

—Haré lo que me pidas —repitió él. Sonaba hermoso, no dudaba que fuera cierto, pero temía que yo no fuera más que el segundo plato cuando Noemí lo rechazó, pues ambos sabíamos que a mi hermana no le interesaba de aquella forma. ¿Era yo el premio de consolación?

—Me usaste —lo acusé.

—No sabía nada. ¡No sabía nada! —gritó de pronto dejándome muda —El sexo con ella estuvo bien, me gustó físicamente, ahí termina todo. No fue hasta que me tiraste el helado o compartí tiempo contigo cuando realmente vi cosas que me atrajeron, cuando comprendí que deseaba mucho más. No sabía que erais dos, pero me quedé por los momentos que compartí contigo. ¿No lo ves? Estoy aquí aun sabiendo que es más que probable que me mandes a la mierda, dispuesto a humillarme sin con eso tengo la más mínima posibilidad.

—Palabras hermosas que se llevará el viento. No volveré a estar con alguien que no me respeta, quiero ser un todo para la persona que esté a mi lado, ¿cómo podríamos conseguir eso de esta forma? —abrí los brazos y nos señalé a ambos.

—Dándonos una oportunidad. No me importa ir despacio, incluso si me lleva toda una eternidad.

Sonaba bonito. Se atrevió a acariciar mi pelo, mis párpados se cerraron. Incapaz de ver nada me permití más, mucho más.

—Bésame —suplicué. Qué dios me perdonase, que la futura Sarah me perdonase. Soñar con él ya no era suficiente.

Lo hizo y nos perdimos en las manos del otro. Ahí no solo había deseo, había necesidad. La necesidad de dos personas que sabían que el adiós pendía sobre ellos que, quizás, aquella fuera la última vez.

Hundí mis uñas en su piel, no sabía si a modo de castigo o porque no saliera corriendo. Las hundí y me mantuve aferrada a él mientras me arrancaba la poca ropa que llevaba. Me sentí devorada y esa era la intensidad que necesitaba. No borraba lo malo, no ocultaba la necesidad de

hablar y los cimientos de algo que precisaba ser reparado con urgencia. ¿Era posible dejarlo para mañana? Un pequeño descanso, solo necesitaba eso.

Cuando su piel tocó la mía, sin intermediarios, respiré. Me centré en sus manos, sus labios, su lengua. Me centré en el placer, me até a esa intensidad con uñas y dientes, meciéndome al borde de un peligroso precipicio que podría tragarme en cualquier momento.

El orgasmo fue extraño, rápido, arrollador y me dejó incómoda.

—¿Quieres que me quede? —preguntó caballeroso.

—Mejor vete al dormitorio de Noemí. —Él asintió y con los pantalones en las manos se alejó. Podría decir que no me alegraba saber que estaba a pocos metros, mentiría.

Nada se había solucionado, era totalmente consciente de ello. No obstante, por la noche dormí mucho mejor. ¿Tenéis alguna explicación para eso?

Capítulo 21



El paso de los días fue extraño. Nos centrábamos en lo que pasaba fuera de las paredes del piso, en las noticias que cada vez eran más alarmistas, debatíamos acerca de las cifras de muertos y nos manteníamos cerca sin llegar a sobrepasar los roces “casuales”.

Entre ambos se instaló una tranquilidad extraña, la misma que precede a la tormenta. Un aviso de que el enemigo se acerca, aunque no queramos verlo.

Martín me despedía cada noche con un beso junto a los labios, demasiado cerca. Yo asentía y él cerraba la puerta. Llegó un momento en el que no fue suficiente.

—¿Siempre seguiremos así? Algún día todo lo del estado de Alarma terminará y regresarás a tu vida. Entonces nada de lo que hemos construido se mantendrá en pie —susurré mientras él preparaba unas tostadas y un café para ambos. Yo lo observaba desde el marco de la puerta, envuelta en mi amorosa bata rosa. Me sentía protegida y hermosa, no el tipo de belleza que usas para salir de caza.

—Sí lo hará. Seguiré ahí cueste lo que cueste. —Asentí y me senté, más no pude probar bocado, me contentaba con darle vueltas a la cucharilla dentro de mi taza hasta que mareé hasta al azúcar, que ya debía llevar tiempo disuelto.

—Quizás no sea lo que yo quiera —escupí entonces—. ¿Cómo me sentiría cuando te viera con Noemí? ¿Qué sentiré cuando descubras que no soy ni tan fogosa ni tan lanzada, cuando descubras que prefiero una película romántica o un buen libro a salir de juerga? ¿Cómo...? Tengo muchos secretos, demasiado pesados, que no me veo con fuerzas de compartir.

—¿Por qué?

—¡Porque me avergüenzo! Me mentí al creer que podría compartirlos, me engañé al pensar que una relación podría funcionar sin contarle todo. Quizás usé el malentendido como excusa, al menos así no tendría que enfrentarme a ti. —Me levanté para encerrarme en mi pequeño reino, mi dormitorio, él se interpuso en mi salida.

—Dímelo.

—No puedo.

—No voy a cansarme, tampoco te dejaré escapar. —Entonces mostró su cara más tozuda. Lo empujé, resulta que tenía más fuerza de la que parecía, ni se inmutó.

—Déjame pasar.

—No —cruzó los brazos cual portero de seguridad.

—¡Déjame pasar!

—¿O qué? ¿Qué harás? —Movié la cabeza a ambos lados a modo de burla. Puse los ojos en blanco, pero se me escapó una sonrisa—. ¿Vas a pegarme? Hazlo... recuerda que me gusta sentir

tus manos y cierto toque “salvaje” me encanta. Átame y azótame si así lo deseas, pero primero...

—No puedo hablar de eso. Me mirarás con asco, me convertiré en una puta a tus ojos — sentencié. No sería la primera vez, varios “amigos” habían desaparecido de mi vida al hacer proposiciones indecentes después de que las imágenes fueran publicadas por mi ex. De nada sirvió que les explicase lo ocurrido, tampoco para mí, pues después de ver sus verdaderos rostros jamás habría confiado en ellos.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Ya lo he vivido —susurré cansada. Volví a mi taburete y tomé asiento.

—¿Entonces por qué dilatar lo que sucederá irremediablemente? Dímelo y si tengo que largarme ya me enfrentaré yo a las consecuencias. —Él no se movió, quizás temía que mi regreso pacífico a mi sitio ante la taza no fuera más que una argucia.

Y entonces narré la historia de mi vida, una historia en la que fui tonta, crédula, ingenua...

—En aquel entonces yo estaba tocada por la muerte de mi madre. Sentía una necesidad de cariño difícilmente explicable y me aferré a aquel cabrón. Creía sus mentiras, las aceptaba aun cuando en lo más profundo de mi ser sabía que me ocultaba algo —comencé. Desde ahí no pude parar, fue como sacar el tapón de la botella y ver como su contenido se salía con fuerza. —Hasta que un día...

Capítulo 22



1 mes más tarde

Casi somos libres, casi, aunque para mí estar encerrada a su lado fue toda una experiencia en la que recuperé la confianza, la sonrisa, la alegría.

Lejos de lo que esperaba no solo se quedó, me abrazó y opacó mis llantos con sus besos. No pasamos de ahí y me dormí entre sus brazos. El sexo no apareció los primeros días, cuando yo lo intenté incluso me dijo que era mejor que esperásemos hasta que yo me encontrase mejor. Eso me hizo sentir cuidada y muy necesitada.

Al final acabé seduciéndolo, pobre de él como diga todo lo que aquella noche le hice.

Las noticias fuera son desastrosas. Tanta muerte, tanta tristeza... Me gustaría que el mundo se convirtiera en un reflejo de cómo me siento ahora, que todos experimentasen esta paz y alegría. ¿Por qué puede ser tan difícil en algunas ocasiones?

He descubierto que me encanta putear a mi ¿chico?, ¿novio? Aún no le hemos puesto nombre a lo nuestro, solo que como lo pille con otra...

¿Qué le he hecho hoy? Nada... quería presumir de que le gusta el picante y quizás me pasé un poco al vaciar la botella de tabasco en su carne. Puede que la leche tampoco sea la mejor opción... Pobrecillo, ¡las risas que me voy a echar!

¿Cómo creéis que me castigara? ¿Toca polvo suave, mi fantasía hecha realidad o una sesión de sumisión en la que lo único que importa son el número de orgasmos que somos capaces de conseguir en el otro?

Muchas gracias

Muchas gracias por leer mi libro y por dedicarme vuestro tiempo. Muchas gracias por ayudarme a cumplir mi sueño. Muchas gracias simplemente por seguir ahí.

Pediros que puntuéis para ayudarme a mejorar y además posicionarme en la lista de ventas. Vuestras opiniones pueden influir en otros lectores indecisos. Incluso una opinión negativa puede marcar la diferencia y marcar el futuro de un escritor.

Si queréis poneros en contacto conmigo mi twitter es [@A_R_Cid](#)

Facebook: EscritoraARCid

Instagram: a_r_cid

Os espero...